
EDWARD M. PAYTON
LA REBELIÓN DE WANIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

EDWARD M. PAYTON

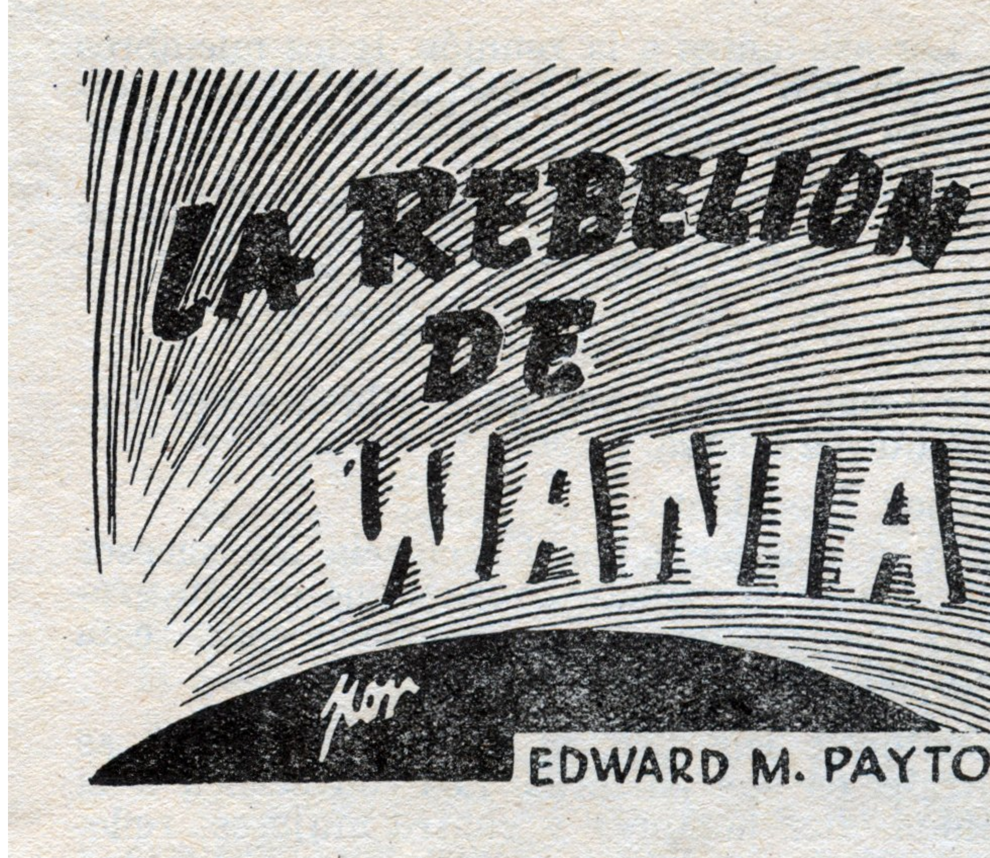
LA REBELION DE WANIA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal 2709.—1962.
Número de registro 6287.—62.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO I

El Presidente del Gobierno Mundial de la Tierra, tomó la palabra:

-Los he reunido para que conozcan las noticias de cierta gravedad procedentes de Uros, el planeta amigo de la Tierra. Parece que allí están ocurriendo cosas graves, según informa nuestro embajador en Urisis.

Guardó silencio mientras removía unos papeles. Los asistentes a la reunión, todos miembros del Gobierno Mundial, guardaron silencio, esperando las siguientes palabras del sueco Lee, Presidente de la Tierra.

-Les voy a leer un extenso informe de Suárez de Ávila. Después discutiremos lo que debe hacerse.

Tomó unos papeles azulados y leyó:

«Informe confidencial al Presidente del Gobierno de la Tierra.

Señor Presidente:

Doy a conocer a su Excelencia los sucesos ocurridos en el planeta Uros, y que por su gravedad son motivo de preocupación para esta Embajada...»

Conforme leía Lee, la atención de todos se centraba en sus palabras.

Los convocados a la reunión, diez hombres y cuatro mujeres, reflejaban en sus rostros la sorpresa y la ansiedad que despertaba el conocimiento de las noticias llegadas de Uros. Eran todos ellos científicos muy notables en todas las ramas del saber, asesores del Presidente, que los convocaba para conocer su opinión siempre que tenía necesidad de tomar una decisión de gravedad.

Terminó de leer el largo informe del embajador en el planeta Uros y a manera de aclaración comentó:

-Según se desprende de este informe, las colonias wanítes de Uros y Oceanta se han sublevado. La ciudad submarina está en poder de los wanitas y en la superficie da Uros parece que se lucha duramente. Esto es grave, señores. Ya saben los motivos que el gobierno ursita y terrestre tenemos para mantener las colonias waníes.

Guardó de nuevo silencio Lee. Cada uno de los asesores presidenciales se encontraba sorprendido y confuso ante tales noticias.

Hacía veinticinco años que el coloso waní, salido del remoto y terrible planeta Wania, había bombardeado la Tierra, asolando extensas zonas y sumiendo en el caos y desesperación a la humanidad terrestre.

El arrojo, la temeridad y la energía de la tripulación de un acorazado sideral[1], que se libró de la destrucción, fueron decisivos para que la Escuadra del planeta Uros y los restos de la Flota Sideral Terrestre se enfrentaran a los wanitas en la más alucinante y extraordinaria batalla espacial conocida hasta entonces.

El resultado fue la destrucción de Wania. La ocupación del planeta, verificada un año después, encontró a los supervivientes en unas condiciones de vida tan precarias y difíciles que se decidió transportarlos a Uros y formar con ellos una colonia que, aislada y vigilada, pudiera sobrevivir. La idea, no obstante, era mucho más ambiciosa. Se pretendía, en realidad, reeducar a aquellos seres terribles, reformar sus mentalidades con arreglo a la concepción que de la vida tenían sus vencedores.

Las ideas de virtud, amor, sociabilidad, respeto mutuo... parecía que iban entrando en sus mentalidades inteligentísimas, pero desviadas por concepciones distintas de vida y convivencia.

Aquella humanidad se reproducía a un ritmo de extraordinaria velocidad dando ejemplares humanos que a los diez años alcanzaban la edad adulta, con una talla de dos metros, una inteligencia desarrollada y una

capacidad de trabajo asombrosa.

Pronto la primitiva colonia waní fue tan numerosa y tan perfectamente organizada, que los gobiernos ursita y terrestre tuvieron que pensar en buscar una salida a aquel núcleo humano que desbordaba ya los límites de la primitiva colonia. Pero la solución la dieron ellos mismos. Ante la sorpresa de sus vencedores, propusieron la construcción de una ciudad submarina que habitarían ellos, produciéndose cuanto les fuera necesario para subsistir.

Era una salida y fueron autorizados con ciertas limitaciones y controles. En conseguir esta semilibertad, aunque fuera en el fondo del mar, influyó no poco en la opinión del cura mallorquín padre Tomé, capellán del famoso Acorazado Sideral XB-403, el cual, después de sus espectaculares conversiones a la fe católica de millones de ursitas, fijó su mirada apostólica en los waníes.

Tan pronto como fueron autorizados para acometer la construcción de la ciudad submarina, una asombrosa actividad comenzó a desplegarse en la colonia waní. Como si todo estuviera dispuesto para ser llevado a la práctica, los ojos asombrados de los funcionarios de la administración ursita presenciaron la puesta en marcha de una colosal operación perfectamente planificada.

La colonia waní, de una población que no pasaría de 20.000 hombres cobró de la noche a la mañana una actividad de colmena. Las pequeñas plantas industriales que fabricaban objetos de uso corriente para la vida waní se desdoblaron en una producción nueva, de insospechados objetos científicos, instrumentos de trabajo y el asombroso material que denominaron «wanisal» y cuyas características de dureza superaban a las de los mejores aceros, con la ventaja de su pequeño peso, fácil manejo y elaboración.

Seis meses después los wanitas comenzaban el montaje de una colosal campana de «wanisal» en el fondo del mar. Las piezas eran ensambladas bajo el agua rápida y eficientemente y un mes más tarde,la fenomenal campana, con un radio de tres mil metros y una altura de cincuenta, quedaba terminada.

El resto no pareció difícil a los oscuros supervivientes de Wania. Del agua del mar extrajeron el oxígeno y fabricaron una atmósfera respirable y barata. Un año después de estar terminada la campana, 10.000 wanitas eran transferidos a la nueva ciudad de «Oceanta» y comenzaban a trabajar en la construcción de otra.

Los representantes del gobierno ursita sólo habían tenido ojos para maravillarse ante tanta «maravilla». Y como por otra parte no habían visto ni una sola arma, ni una máquina de guerra, pensaron que la lección recibida veinticinco años atrás había sido decisiva.

Pero un mal día comprendieron su equivocación. La colonia de «Oceanta», centro del turismo y de la admiración ursita, tomó súbitamente un aspecto amenazador y se produjo el estallido de la revuelta waní. Los funcionarios «papanatas» de Uros fueron liquidados en un abrir y cerrar de ojos y un ejército pequeño, pero extraordinariamente bien armado, hizo su aparición en la superficie del planeta.

La colonia waní de Uros, también pasó a la ofensiva. Doce mil hombres armados con terribles armas desintegradoras, sacadas no se sabía de dónde, avanzaron como una centella sobre la capital.

Así estaban las cosas cuando en la Tierra se recibió el informe del embajador en Urisis. El peligro para la Tierra, por lejano, no era menos cierto y así lo comprendieron los asesores del Presidente Lee. El canadiense Kamber, fue el primero en manifestar su opinión.

-Todo eso es muy grave. Hay que suponer que los de Uros habrán contenido a los wanitas, pero ya sabemos como son estos seres. ¡Despiadados! ¡Hemos sido demasiado blandos con ellos!

-Las lamentaciones a nada conducen. Les ruego que me den su opinión sobre las medidas a tomar -interrumpió el Presidente.

-Mi opinión es intervenir cuanto antes -manifestó el americano del norte Royce.

-Soy de la misma opinión -aseguró con calor el ruso Chevilof.

Pero la doctora italiana en biología, Anna Vitori, se opuso.

-¿Intervenir? ¿Conocemos acaso cuál es la causa real de esos sucesos? Sabemos que son seres muy inteligentes y que las condiciones de vida en que se han desenvuelto durante miles de años han hecho de ellos un pueblo obsesionado por vivir a la luz del sol y con las condiciones de vida de otros pueblos.

Había hablado con calor la profesora Vitori. Sus palabras desataron un murmullo y el Presidente preguntó:

-¿Cree, señora Vitori, que debemos cruzamos de brazos y esperar los acontecimientos?

-Creo que debemos dar a ese pueblo una oportunidad leal de vivir en plan de igualdad. ¡Son seres humanos!

-Su opinión es digna de encomio -aseguró Lee sonriendo-. ¿Pero ha olvidado ya, mi ilustre amiga, lo que ocurrió hace veinticinco años?

-No lo he olvidado. Pero sigo creyendo que si a ese pueblo se le diera la oportunidad de vivir libremente, se comportaría de manera distinta.

-¡Vamos, profesora! Olvida que esos seres cada diez años tienen una nueva generación. En cincuenta años estarían en condiciones de intentar la invasión de la Tierra por segunda vez. No podemos correr ese peligro.

En aquel instante, un secretario penetró con un pliego en la mano, que tendió al Presidente. Este lo leyó y su rostro se tornó grave.

-¡Escuchen este mensaje!

«Embajador en Uros a Presidente Lee.

Amplío informe anterior. Tropas waníes en golpe audaz han ocupado sideropuerto Urisis. Desorganizada reacción ejército ursita. Sugiero urgente intervención militar Flota Sideral.

Transmitiré cada hora.

Suárez de Ávila.»

Un pesado silencio siguió a la lectura del Presidente. Él mismo lo rompió al cabo.

-La cosa es más grave de lo que habíamos supuesto en un principio. Creo que la intervención de la Flota Sideral, como dice el señor Suárez de Ávila, va a ser necesaria. Les ruego que discutan este asunto con toda libertad. Dentro de quince minutos nos reuniremos de nuevo para tomar una decisión.

La alta y delgada figura del sueco Lee se puso en pie. Todos le imitaron y cuando salió se formaron animados corros comentando las desagradables noticias que venían a turbar un espacio de veinticinco años de paz.

Cuando pasado el cuarto de hora se reunieron de nuevo los consejeros y el Presidente, Lee preguntó:

-¿Y bien, señores?

-Aconsejo la intervención -habló Kamber decidido.

-Esa es mi opinión también -asintió el ruso Chevilof.

-Y la mía -aseguró Royce.

En igual sentido se manifestaron todos. El Presidente Lee miró

interrogador a la italiana Vitori.

-¡Lo siento, Presidente! ¡No puedo opinar así!

-Respeto su opinión, pero no deseo ver a los oscuros wanitas en la Tierra. Quizás a pesar de su inteligencia no supieran apreciar las bellezas del Foro Romano.

Captó la profesora la agudeza del Presidente y se mordió los labios un poco despechada.

Tomada ya la resolución, sólo quedaba ponerla en práctica. Con toda celeridad se pasó aviso al Almirante de la Flota Sideral Terrestre y una hora más tarde se reunía el Estado Mayor. Al finalizar la reunión, la orden fue dada a la Flota. ¡Partir rumbo a Uros!

Una actividad de colmena se desplegó en todos los sideropuertos militares de la Tierra. En un tiempo record, una escuadra de doscientos destructores siderales estaba en el aire. Las pequeñas y mortíferas astronaves, formando varias agrupaciones procedentes de diversos lugares del planeta, ge concentraron en el espacio de Júpiter.

Las noticias que seguían llegando de Uros eran por momentos más graves. Los negros waníes sublevados habían ocupado la capital del planeta en un alarde de valor y técnica militar, desarticulando la resistencia de los ursitas, sorprendidos por la rapidez del ataque.

Ante tales acontecimientos, el grueso de la Flota se aprestó a zarpar. Un centenar de acorazados, colosos siderales, capaces cada uno de destruir un mundo, comenzaron a elevarse de la Tierra. El punto de concentración era el espacio de Plutón, el más lejano planeta del sistema solar.

El acorazado sideral XA-801 «Virginia», ostentaba la insignia del almirante Kleber, jefe de toda la Flota y a los acorazados siguieron los transportes, enormes peces grises de cuatro chorros, repletos de tropas electrónicas y humanas.

¡El despliegue militar de la Tierra fue instantáneo y colosal! La lección de veinticinco años atrás había sido asimilada. Como última medida de seguridad, medio centenar de pequeñas naves torpederas comenzaron a circunvalar la Tierra a mil kilómetros de altura, trazando imaginarios meridianos, tendiendo campos de torpedos autómatas que cual una malla encerraron en su centro al planeta, girando y girando a su alrededor en miles de órbitas satelitales.

Tras aquella colosal defensa, los habitantes de la Tierra continuaron confiadamente sus trabajos y ocupaciones habituales. Una escuadra de reserva, con base en Marte, constituía la avanzada, vigilante centinela encargado de salir al paso de cualquier agresor que se aproximara.

CAPÍTULO II

En el salón de conferencias del acorazado sideral «Virginia», que ostentaba la insignia del almirante Kleber, Jefe de la Flota, se reunían varios oficiales de alta graduación convocados por el jefe. Kleber, un hombre de aspecto enérgico y mirada penetrante, en cuya cabeza el pelo cortado al rape era gris de puro canoso, señalaba con un puntero un lugar del enorme planisferio que ocupaba los tres metros de pared de aquel lado de la cámara.

El planisferio, plagado de signos y de estrellas, en el que se apreciaba perfectamente el sistema solar y las constelaciones conocidas determinadas por el brillante puntito de luz de diversa intensidad y color, daba una idea muy exacta de la situación de los cuerpos celestes en el espacio.

La media docena de hombres que se reunían frente al planisferio, todos ellos embutidos en los trajes espaciales de vidrio, escuchaban silenciosos al almirante.

-Nuestra actuación futura, señores, no puede ser tomada ahora. Depende en gran parte de cómo se desarrollen los acontecimientos en Uros hasta el instante en que nos aproximemos al planeta.

-¿Hay orden de desembarcar? -preguntó un moreno coronel, de fuerte acento mejicano.

-Sí. Desembarcaremos. Pero la forma de hacerlo es la que no podemos determinar ahora. Necesitaríamos enviar por delante una pequeña flotilla exploradora.

-Señor, yo le ruego, que me permita mandar esa flotilla -rogó el coronel.

-¿Qué te parece, Duval? -preguntó Kleber mirando sonriente a un almirante más joven de negro y breve bigote.

-Muy conveniente. Puede ir Quesada al mando de esa flotilla patrullera.

-¡Hecho, querido Quesada! -manifestó Kleber-. Ahora atienda. Tome de su división doce destructores. Adelántese a la máxima velocidad y trate de explorar las defensas que puedan haber establecido los wanitas, o bien los núcleos de resistencia de los de Uros.

-De acuerdo, señor.

-Y recuerde esto, Quesada. Su misión no es combatir, aunque tripule su «gallo de pelea» -y al decir esto, el Almirante señaló con el dedo el vistoso

escudo de vivos colores que adornaba el pecho del traje de vidrio del coronel Quesada y en el que un magnífico gallo de pelea se destacaba en gran tamaño.

-¿En ningún caso, señor?

-No puedo atarle las manos, pero la información es su misión principal.

-Entendido, almirante.

-Pues elija sus naves y a correr delante de la Flota.

-A la orden, señor.

Salió de la cámara. El coronel Diego Quesada era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Alto, bien plantado, llevaba el uniforme militar con la misma gallarda desenvoltura de un muchacho de veinte años. Mejicano de nacimiento, poseía los rasgos característicos de los hombres de su raza. Tez morena, ojos negros y vivos, blanca y fuerte dentadura resguardada por unos labios ligeramente abultados y un cabello que azuleaba de puro negro.

Como los de su país, era apasionado, enamoradizo, belicoso y arrojado y como él mismo decía en tono burlón, se conservaba vivo y soltero «de puro milagro».

Anduvo el coronel Quesada por un corredor estrecho hasta desembocar en otro más ancho y un ascensor le llevó rápidamente a la planta séptima de aquella torre de babel, donde estaban las cámaras de atraque de los destructores.

Aquella maravilla de la ingeniería que era un acorazado sideral, podía recibir y despedir de sus entrañas a las más pequeñas naves que eran los destructores y torpederos. Llegó Quesada ante una puerta abierta que mantenía una luz verde en lo alto del dintel. Allí un sargento femenino, especialista en inyectores de aire a presión, le saludó amable.

-¿Se va, coronel?

-Sí. Ahora mismo.

-¿Quiere firmar aquí? -y le tendió un bloc y un lápiz.

Lo hizo Quesada rápidamente y al devolverlo se fijó en la muchacha que observaba curiosa su llamativo escudo.

-¿Te gusta? -preguntó sonriendo.

-Es muy curioso -afirmó ella. Luego, mirando la firma se sobresaltó.

- ¿Quesada? -exclamó sorprendida.

-Ese soy. ¿Me conoces? -y el coronel, que ya había iniciado la marcha

hacia el interior, se paró sonriente.

-Sólo de nombre, señor. ¡Pero sé quién es! -y su acento idiomático hizo reír a Quesada, que preguntó interesado:

-¿De qué pueblo eres, sargento?

-De Guayaquil, en el Ecuador, señor.

-Ya me parecía que con esa carita tendrías que ser de allí. Bueno, muchacha, celebro conocerte.

-¿Quiere firmar?

-¿Otra vez?

-Ahora es un autógrafo, señor.

-Lo haré por ser de Guayaquil. ¿Cómo te llamas?

-Lupe, señor.

Quesada escribió unas palabras en el bloc que le tendiera ella y firmó. La chica lo agradeció con una radiante sonrisa y sus ojos negros miraron admirativos al jefe. Éste se vio reflejado en ellos por un instante y como si un recuerdo lejano le acudiera a la mente, quedó quieto mirando a la muchacha. Al cabo, su gesto se tomó serio y ordenó:

-Prepara la cámara para el lanzamiento.

-Al momento, señor.

Anduvo deprisa Quesada por el interior hasta desembocar en un vasto departamento, donde sobre unas guías de acero se mantenía una nave de unos quince metros de larga, con el aspecto semejante a la de un tiburón.

Estaba pintada de vivos colores y en sus costados campeaba un escudo igual al que llevaba el coronel sobre el pecho. Un enorme gallo de pelea de vistosas plumas se reproducía a los dos lados del destructor.

Una pequeña puerta semejante a la de un avión de tiempos pasados se abría a un costado y a ella se dirigió Quesada. Trepó ágilmente por la escalerilla que había colgada de la escotilla y ya arriba se volvió a la sargento ecuatoriana.

-Cuando quieras, Lupe.

-Suerte, coronel.

Cerró tras sí. Momentos después se encontraba en la cámara de derrota del destructor y se encaraba con un hombre joven que ocupaba el lugar del navegante.

-¡Misión especial, muchacho! -gritó alborozado.

-¿Especial?

-¡Claro! ¿Te figuras que a Quesada se le puede llevar en la fila, marcando el paso?

-¡Claro que no!

-Entonces da la señal. Desatracamos y nos largamos de esta ballena para vivir nuestra vida.

-¡Entendido!

Se sentó Quesada en su puesto de piloto ante una caótica maraña de botones, palancas, lucecitas y aparatos de medida y control. Su interlocutor dio una breve orden por el micro y una serie de lucecitas se fueron encendiendo.

-¡Listo! -anunció.

-¡Señal!

La señal fue dada a los sirvientes de la cámara de atraque. El destructor fue vuelto sobre las guías hasta presentar su «morro» al enorme portón pintado de blanco que se señalaba en la pared gris.

Lentamente, el portón rodó sobre el panel y por el agujero negro se escapó de golpe el aire que llenaba la cámara, produciendo un silbido agudísimo e instantáneo. Una luz verde se encendió sobre la negrura del boquete y entonces Quesada apretó un botón situado junto a su mano.

De momento no pareció ocurrir nada. Pero al instante la cámara se llenó de llamaradas romas y azuladas que eclipsaron la fuerte iluminación artificial, para velarse pronto por una humareda blanquecina. Los tripulantes del destructor se prepararon para lo que tenía que venir y que llegó instantáneamente. Una tremenda sacudida pegó contra los asientos a los hombres y la nave salió disparada como un bólido, abandonando la cámara de atraque, atravesó el portón y se encontró en el negro espacio mientras la sombra del acorazado se alejaba rauda.

-¿Qué rumbo tomamos? -preguntó el navegante a los pocos instantes.

-Rumbo a Uros. ¿Y la teniente?

-Está revisando algo de sus tubos electrónicos por ahí dentro.

-La necesito. ¿Me escucha, teniente Kent? -preguntó hablando por los intercomunicadores de las escafandras.

-Le oigo, coronel -sonó la voz clara de una mujer.

-Deje eso y venga al «morro».

-Enterada.

-Momentos después penetraba en la cámara de derrota del destructor una mujer joven, de buena estatura y agradable rostro. A través de la escafandra se percibía su rubia cabellera y sus ojos, de un verde claro, miraron inquisitivos al coronel.

-Estoy en mi puesto -anunció sentándose ante los mandos de las transmisiones.

-Prepárese para radiar un mensaje.

-Lista.

-Transmita. «A los destructores de la 5ª división del coronel Quesada». «Solicito doce voluntarios para misión extraordinaria.»

-Ya está, jefe -anunció la muchacha con cierta familiaridad.

-Radie varias veces.

-Entendido.

-Escucha, Pat.

-Ya escucho.

-Tenemos que llegar los primeros a Uros. Recoger información para Kleber. Llevaremos doce destructores.

-¿Para qué tantos?

-Kleber quiere protegernos.

-¡Bendito sea Kleber! -rió el otro.

-¿Conoces algo de la situación en Uros, muchacho?

-Lo que todo el mundo.

-Yo sé algo más.

-¿Qué pasa allí, coronel?

-Hay armada una buena. Los wanitas parece que se quieren hacer los amos del planeta.

-¡Diablo! ¿Cómo ha podido ocurrir?

-Han engañado a los de Uros. Eso es lo que ha pasado.

-¿Y los nuestros que hay allí?

-No lo sabemos.

-El embajador es el general Suárez de Ávila.

-Sí, allí está con su mujer -y la voz de Quesada se hizo extrañamente grave.

La teniente Nora Kent, interrumpió la conversación.

-Respuesta de los destructores, coronel.

-Pase la comunicación directamente.

-Conecto.

-Aquí Quesada en el «gallo de pelea» -habló éste.

-La 5ª división de destructores se ofrece para ese servicio que pide -se escuchó la voz de una mujer en el auricular de las escafandras.

-No quiero una división. Quiero sólo doce naves.

-Pues elija, coronel -y la voz de la operadora de radio parecía divertida.

-Pues los que lleven el número par, hasta completar la docena -resolvió Quesada.

-¿Dónde tienen que concentrarse?

-Rumbo a Uros a la máxima velocidad: Marcación 2-0, 9-2, 12-5. ¿Entendido?

-Entendido, coronel.

-Corto.

Pat, el capitán navegante, señaló con un gesto la pantalla de radar. Un puntito luminoso se señalaba en ella y crecía por momentos.

-Esos que vienen parece que tienen prisa. Pídales que se identifiquen -ordenó Quesada.

Un instante después, tenía las siglas de identificación de la nave que volaba en sentido opuesto. Era una nave de transporte civil y cuando estuvo a distancia conveniente su silueta se destacó en la pantalla de video.

La figura de una astronave de color gris claro, circundada por una banda roja que cubría su parte central, identificó a ésta como procedente de una compañía china de transporte. Quesada interrogó:

-¿Podéis darme alguna noticia de Uros?

-Podemos dar malas noticias -respondió una voz chillona.

-¿Cuál es la situación?

-Muy confusa. El ejército ursita está en derrota.

-¿Cómo puede ser eso?

-Los waníes son rápidos como rayos. Han capturado varios depósitos de «robots» y los están empleando contra la capital.

-¿Qué sabéis de la embajada terrestre? -preguntó ahora Quesada, inquieto.

-Nada. Hemos partido con retraso esperando noticias, pero no han llegado. ¿Vais a Uros? -preguntó ahora el de la nave china.

-Sí, vamos allí. Gracias por las noticias.

El semblante del coronel Diego Quesada se había endurecido.

-¡Malas noticias, coronel! -comentó Pat.

-¡Malas! Dios quiera que no le ocurra nada al general Suárez de Ávila... ni a su mujer, Ana Oliveira.

Como si fuera una invocación, la voz de Nora Kent, sonó:

-Llama el almirante.

-A la orden, señor -saludó Quesada.

-Tengo noticias de Uros, coronel. Escuche.

-Ya escucho, señor.

-He recibido un mensaje de la embajadora Oliveira.

-¿De la embajadora? -se extrañó el mejicano.

-Transmite ella porque el general ha muerto.

-¡Muerto! -se dolió Quesada.

-Dice que están atacando con electrónicos. Ya sabe lo que esto significa.

-Sí, «robots» a todo pasto.

-Vamos a forzar la marcha todo lo posible. Usted, Quesada, debe «volar».

-Lo haré, señor.

-¡Pues adelante!

Siguió un breve silencio. El rostro alterado de Diego Quesada decía a las claras cual era su estado de ánimo. Pat Meyer, el capitán navegante, interrogó:

-¿Conocía al embajador, coronel?

-Fuimos compañeros en el «Ávila».

-¿Y a la embajadora? -preguntó ahora la curiosa teniente Nora Kent.

-También -asintió el mejicano.

-Creo que fue una mujer muy valerosa durante la otra guerra -opinó la muchacha.

Y a los sorprendidos oídos de los dos jóvenes llegó esta apasionada afirmación:

-¡Era la mujer más valiente, más hermosa y más mujer que he

conocido!

CAPÍTULO III

Pese a la velocidad centelleante de los destructores capitaneados por el coronel Diego Quesada, la patrulla de naves siderales terrestres tardó aún dos días en encontrarse en el espacio de Uros.

Apenas si distaban aún un millón de kilómetros, cuando la pantalla radar acusó la presencia lejana, pero real, de varias naves. Ante la posibilidad de que fueran hombres waníes tripulando astronaves de Uros. Quesada dio la orden de formar un extenso frente y tratar de ganar altura.

Le ataba la orden de Kleber de combatir, pero por otra parte no estaba dispuesto a desperdiciar la ocasión de causar bajas al enemigo si la suerte se los ponía delante.

Pronto tuvo confirmación de sus sospechas. Una formación de veinte naves volaba a su encuentro, pero mucho más bajas que las terrestres. Cuando el video entró en acción, la pantalla se llenó con las imágenes de una flotilla de destructores ursitas que volaban en cuña.

-¿Que te parece eso, Pat?

-Son ursitas.

-Las naves desde luego. ¿Y las tripulaciones?

-Podemos pedir que se identifiquen.

-Tratarán de engañarnos, pero probaremos.

La radio comenzó a transmitir la petición de identidad. Al principio nadie contestó, pero al fin una voz, en el idioma de Uros, respondió:

-Aquí, naves de Uros.

-¿Quién es vuestro jefe? -preguntó Quesada desconfiado.

-General Masuda -respondió la voz.

-No le conozco. Dame el nombre de vuestra Unidad.

Tras un ligero titubeo, la voz del otro anunció:

-Patrulla P-A de la 1ª escuadra.

-¿Qué? -inquirió Meyer.

-La unidad esa existe en la Flota Ursita. ¿Pero no te parece mucha amabilidad por parte de ellos el dar tantos datos sin pedir ninguno? Esto no me gusta nada.

-Nos estamos poniendo a tiro de torpedo -advirtió Meyer.

-Ya lo veo. Voy a intentar que se descubran.

Luego dirigiéndose a Nora advirtió:

-Teniente, radie orden de alerta y que estén pendientes de nuestra conducta.

-Entendido.

-Escuchad, ursitas. Venimos de la Tierra para ayudaros contra el waní. Queremos noticias de cual es vuestra misión.

-Podéis volveros, terrestres. No necesitamos ayuda.

-Nos estamos acercando peligrosamente a tiro de la artillería atómica, coronel -volvió a advertir Meyer.

-Ahora ya sé quiénes son estos. Un ursita no hubiera despreciado nuestra ayuda.

-¿Entonces...?

-¡Atacaremos!

Pero la decisión era tardía. En la pantalla aparecieron unas estelas brillantes que partían de las naves ursitas y que avanzaban raudas hacia los destructores de la Tierra. En un instante, cientos de rayos fulgurantes iluminaron la negrura espacial y los terrestres comprendieron, ya sin género de dudas, con quien tenían que habérselas.

-¡Conque ursitas! -gritó Quesada.

-¡Os vamos a pulverizar, terrestres! -sonó la voz conocida.

-¡Eso lo veremos, negros del diablo! -respondió Quesada.

Los destructores terrestres, que volaban en una línea muy separados y altos, recibieron una orden breve.

-¡Volad en círculo! ¡«Cadena de noria»!

Era la forma de combate más acertada en aquella situación. Quesada observó la formación enemiga y comprendió que un ataque frontal sería peligroso para sus destructores. Estaban en inferioridad numérica y demasiado cerca para eludir el combate hasta poseer mejor posición. Viraron todos los destructores terrestres sobre un costado y formando un círculo, cuyo radio no mediría menos de mil kilómetros, comenzaron a soltar andanadas de torpedos sobre la formación en cuña de sus enemigos.

Pero los torpedos de uno y otro bando se atraían y entraban en colisión en su camino hacia el blanco, destruyéndose mutuamente entre un cegador parpadeo de explosiones que aclaraba las tinieblas.

El coronel Quesada, con el micro ante los labios, no cesaba de dar órdenes y animar a los suyos.

-¡Duro, muchachos! Los tenemos encerrados en el centro. Que no escapen esos condenados «negros».

Los destructores terrestres giraban y giraban en un alucinante «carrousell», soltando andanada tras andanada de torpedos. Por ninguna de las dos partes se habían empleado aún otras armas y la batalla parecía equilibrada gracias a la mayor velocidad de los destructores de Quesada, que esquivaban decenas de torpedos, los cuales iban a perderse en el infinito con su mortífera carga, si antes no eran destruidos por otro torpedo enemigo.

-Artillería atómica -fue la orden de Quesada, transmitida inmediatamente, en su deseo de llegar a una resolución del combate.

Con el empleo de la artillería, la batalla entró en una nueva fase. Los potentes tubos, apuntados por radar, fueron localizando sus blancos, sin dejar, por ello, de lanzar andanadas de torpedos. La orden del coronel Quesada llegó a todas las naves terrestres al mismo tiempo.

-¡Fuego!

La salva fue brutal. Las naves tripuladas por los waníes, que no esperaban estar a tiro todavía, experimentaron en su propia carne su equivocación. Doce fulgurantes resplandores iluminando la pantalla de video, la tornaron blanca por casi un minuto. Cuando la visión se hizo normal, la formación de naves enemigas estaba disuelta.

El resto waní volaba en todas direcciones, tratando de escapar de aquel círculo terrible contra el que se estrellaban las oleadas de torpedos. Quesada, dirigiendo personalmente la batalla, ordenó:

-¡Libertad de movimientos! ¡A la caza!

Dando ejemplo, viró sobre un costado y saliendo de la formación, se precipitó sobre una hermosa nave pintada de verde que tenía próxima.

-¡Vamos, «gallo de pelea», a ella!

Con las manos crispadas sobre los mandos, Quesada impulsó el destructor hacia delante en un acelerón brutal. El luchador nato que llevaba dentro salió al exterior y tanto Pat como Nora, con los ojos fijos en la pantalla de video, vieron crecer en ella la nave adversaria.

Ésta, por su parte, lejos de escurrir el bulto, aceptó decidida el duelo y picó para ganar altura, mientras soltaba una larga ristra de torpedos autómatas, que como perros negros se echaron sobre el «gallo de pelea».

Los torpedos fueron eliminados con bastante dificultad y el peligro

cierto de ser desintegrados se cernió sobre los tripulantes del destructor, pero al fin se vieron libres de aquellos pegajosos artilugios de maléficas intenciones.

-¡Malditos perros rabiosos! -rezongó Quesada.

-¡Tienen malas intenciones! -aseveró Pat.

-Lo peor es que esa lechuga verde se ha subido a las alturas, pero ya bajará.

Así fue. Cuando juzgó que tenía bastante altura para que la maniobra de su contrario no le causara preocupaciones, el waní se precipitó sobre el «gallo de pelea».

Pero el piloto oscuro se equivocó. El veterano luchador terrestre esperaba esta maniobra y cuando, embalado, bajaba el enemigo desde una altura de mil kilómetros, Quesada, en un alarde de valor temerario, picó subiendo en una espiral cuyo eje era precisamente la línea que seguía el waní en su centelleante descenso.

Pat Meyer, novato en el combate, sintió que los cabellos se le ponían de punta ante aquella maniobra que los exponía al fuego adversario. Y así sucedió. Fueron apenas ocho segundos en los que el «gallo de pelea» se encontró a merced de su enemigo. Pero el waní, novato como Pat, no supo aprovechar la extraordinaria ocasión que se le ofrecía.

Cuando quiso rectificar la nave verde su trayectoria, ya estaba el terrestre fuera de su línea de acción artillera. Tres segundos después estaban a la misma altura pero en sentido opuesto de marcha y Quesada, enseñando los dientes en una sonrisa despectiva, cerró su curva, colocándose a la espalda del waní.

-¡Fuego! -murmuró el coronel como si alguien tuviera que obedecer la orden que él mismo tenía que ejecutar. Apretó el disparador y Pat Meyer vio las rutilantes estelas de los proyectiles que trazaban cuatro líneas paralelas en la oscuridad. Tres de ellas quedaron limitadas de pronto como si el lápiz que las trazara en imaginaria pizarra se hubiera detenido de repente. La otra línea siguió aún perfilándose un instante antes de quedar borradas todas por la fulgurante llamarada que las hizo desaparecer. ¡La nave enemiga, pintada de verde, había sido desintegrada!

Fueron dos suspiros de alivio simultáneos los que salieron de los pechos de Nora y Pat, pero tan al unísono, que se confundieron en uno solo,

haciendo un suave ruido en el intercomunicador de la escafandra. Quesada lo captó.

-¿Tranquilos ya? -preguntó mirando al navegante.

-¡Extraordinario, coronel!

-¡Creí que no pasábamos, señor! -balbuceó Nora Kent, pálida bajo la cubierta vítrea de la escafandra.

-¡Vamos a por otro! -resolvió el mejicano.

La pantalla de video señalaba la lucha de nave a nave. Un parpadeo ininterrumpido de explosiones de torpedos que se desintegraban en terribles colisiones, cegadores relámpagos de luz blanca que duraban segundos, era el espectáculo sobrecogedor de la batalla espacial a terrible velocidad.

Las naves evolucionaban describiendo grandes círculos en los que trataban de encerrar a su enemigo o ganar altura para precipitarse sobre su presa vomitando metralla desintegradora.

Diego Quesada abarcó con una mirada la pantalla de video. Todo el cuadro de la lucha se reflejaba en ella y rápido eligió a su nuevo enemigo. En esta ocasión dos naves que tenían acorralado a un destructor terrestre.

-¡Allá vamos, X-10! -gritó el coronel como si los tripulantes del X-10 pudieran oírle.

Levantó el morro del «gallo de pelea» ganando altura sin perder de vista el combate que se desarrollaba entre las tres naves. Pero tanto los pilotos waníes como terrestres eran bisoños y se notaba en ellos la falta de acometividad resolutiva, fiándolo todo al combate científico aprendido en las academias.

Cuando juzgó que tenía bastante «techo», Quesada comenzó a ejecutar la maniobra. Era tan atrevida como arriesgada, y para llevarla a cabo se precisaban una enorme dosis de arrojo y acometividad, que eran precisamente las cualidades predominantes del veterano coronel mejicano.

-Vamos a pasar por entre esas dos naves enemigas. Necesito escupir torpedos a toda velocidad.

-¿Conecto el automático?

-Sí.

-Conectado -anunció Meyer apretando una palanca.

-Ahora atención. Dispara cuando ordene. Yo ejecutaré la maniobra.

-¡Entendido!

Bajaba ya a una velocidad vertiginosa. En la pantalla se veían dos naves que volaban en círculo, dentro del cual, y como en mortal trampa, estaba el destructor terrestre X-10, que se veía y se deseaba para repeler las andanadas de torpedos que «científicamente» le lanzaban sus enemigos.

Nora Kent, con los ojos muy abiertos y el ánimo suspenso, contemplaba la pantalla y veía sobresaltada la meteórica carrera del «gallo de pelea» que iba raudo al centro del círculo, donde docenas de parpadeos denotaban la lucha de los torpedos autómatas destruyéndose mutuamente. La voz serena de Quesada la sacó de su estática contemplación.

-¡Preparado, Pat!

-¡Listo!

Transcurrieron varios segundos de opresivo silencio. Meyer, con la mano sobre una palanca roja, esperaba la orden. Cuando ésta llegara, el solo movimiento de su mano precipitaría en el vacío cuarenta andanadas de cien torpedos cada una, a la cadencia de cuatro andanadas por segundo. ¡Cuatro mil torpedos en diez segundos!

Nora percibía las brillantes llamaradas del campo de torpedos hacia el cual se precipitaban y cerró los ojos. Esperaba el siniestro crujido del impacto de uno de ellos contra el «gallo de pelea». Pero lo que escuchó fue la orden seca del coronel:

-¡Lanza!

La rubia teniente de radio abrió los ojos maravillándose de estar aún con vida. El «gallo de pelea» se encontraba en el centro del círculo que trazaban los wanitas en su vuelo y oleada tras oleada los negros torpedos, cual manadas de lobos, brotaban de los costados del destructor.

Las primeras salvas fueron neutralizadas por los wanitas, que dispararon ahora también sobre el nuevo enemigo, al que consideraban una presa fácil de acertar en el torbellino de torpedos. Pero ante su sorpresa, las oleadas de torpedos de la nueva nave se sucedieron rápidas y certeras, barriendo el espacio y abriendo camino a los que venían detrás.

En contados segundos, la línea de parpadeantes explosiones se fue desplazando delante de aquel destructor terrestre hasta abrirse en dos, y cual cegadora muralla opuso sus torpedos a los que llegaban, destruyendo, aniquilando hasta abrirse paso rabiosamente hasta los dos navíos waníes, que no tuvieron tiempo de reaccionar.

Con furia salvaje llegaron las últimas oleadas de torpedos hasta las naves enemigas. Éstas se defendieron tardíamente tratando de neutralizar aquel alud que se les venía encima de manera alucinante, pero dos cegadoras explosiones anunciaron el fin de las dos naves wanitas y un hurra estentóreo salió de las gargantas de Quesada y Meyer:

-¡Hurra! ¡Vencimos! -gritó el mejicano.

-¡Hurra! -coreó Pat emocionado.

Nora Kent, incapaz de pronunciar palabra, lanzó una especie de grito y se derrumbó hacia atrás en su asiento. Al ruido que hizo, los dos hombres volvieron la cabeza.

-¡Se ha desvanecido! -exclamó Pat.

-¡Pobre chica! -se lamentó Quesada-. Atiéndala, Meyer.

Pero no fue necesario. La joven se incorporó y reaccionando exclamó:

-¡Perdón, coronel! No lo he podido remediar, yo...

-Pero muchacha. ¡Si es la mujer más valiente que conozco! -manifestó Quesada sonriente.

-¡Ánimo, Norita, ya pasó todo!

-Soy una tonta, pero tuve miedo.

-Eso le pasa a cualquiera. Yo también lo tuve -afirmó el coronel, serio.

-¿Usted? -se admiró ella.

-Sí. Lo tengo siempre que entro en combate.

-¿Y no se vuelve atrás?

-Eso ya sería cobardía, señorita.

-Llaman, coronel. Es el X-10 -manifestó ella atendiendo a sus aparatos.

-¿Qué hay, X-10? -preguntó Quesada.

-Le doy las gracias, señor. Si no interviene me liquidan.

-Aprenda a no meterse entre dos fuegos, muchacho. Y ahora, adelante.

-Gracias, señor.

Meyer miró divertido a su jefe. Luego murmuró para sí:

-No meterse entre dos fuegos. ¿Y nosotros, qué?

La batalla había terminado. Había sido una victoria completa y Quesada, muy satisfecho del comportamiento de aquellas tripulaciones

bisoñas que acababan de recibir su bautismo de fuego, contó las naves. ¡Faltaban cinco destructores terrestres! Era el tributo al triunfo. Radió un corto mensaje.

-Me siento orgulloso de vosotros -habló-. Sois dignos sucesores de los que antes pelearon victoriosos contra el mismo enemigo. ¡Hemos vencido a una formación más numerosa! ¡Hurra!

Cada tripulante de los destructores terrestres, escuchó las palabras del jefe con religioso silencio. Al terminar éste, las dotaciones de aquellas naves solitarias en el espacio sideral, sintieron el orgullo de su procedencia terrena. Un hurra partió de todas las gargantas que como un trueno sonó en los intercomunicadores de las escafandras.

CAPÍTULO IV

La claridad procedente del astro Irisis comenzaba a teñir de gris las tinieblas de la noche espacial. El destruido planeta Wania, al borde del sistema planetario de Irisis, se señalaba ya en las pantallas de video con su fría mole inanimada, mundo en otros tiempos del pueblo waní, hosco y frío como su planeta.

-Ahí está Wania -señaló Quesada indicando la pelota redonda que, con un color ceniciento, se perfilaba lejana.

-La patria del waní -prosiguió el coronel-. Ese ser extraordinario que parece creado para ser la pesadilla de dos mundos civilizados.

-Lo que ocurrió hace veinticinco años debió ser terrible -murmuró Nora.

-¡Mucho, teniente! Una catástrofe de dimensiones aterradoras.

Nora levantó una mano pidiendo silencio y al poco habló.

-Alguien llama a la Tierra, pero la emisión es muy débil.

-Procure captar el mensaje. Traduzca.

-Base de Yu... diri -articuló Nora.

-Siga, es interesante -acució el mejicano.

-Estamos... bloqueados. Podemos... resistir algún tiempo.

Guardó silencio Nora. Luego habló.

-Ya no transmite, señor.

-Base de Yudiri -murmuró pensativo Quesada.

-¿Conoce esa base? -preguntó Meyer.

-Sí. Está al norte de Uros. Es una pequeña base de torpederos. ¿Tiene la frecuencia de esa base, teniente?

-La tengo.

-Empiece a llamar.

Nora comenzó a llamar. Una y otra vez repitió el intento sin resultado. Al fin alegró su carita con la noticia.

-Contestan, señor.

-Páseme la comunicación.

-Escuche, Yudiri. Aquí un destructor terrestre. ¿Me escucha?

-Le oigo mal. Pero siga transmitiendo -sonó una voz en idioma ursita.

-Deseo noticias de lo que ocurre. Hablen en inglés si pueden.

-Podemos hacerlo. Somos quinientos hombres del ejército de Uros.

Tenemos heridos.

-¿Cuánto pueden resistir?

-Depende de que ataquen o no con electrónicos.

-¿Hay algún terrestre?

-Ninguno.

-¿Tienen alguna nave?

-Tenemos torpederos, pero no nos atrevemos a volar. Los wanitas están tripulando la Flota de Uros.

-Quiero la situación exacta de esa base.

-Escuche. Coordenadas en el hemisferio norte X-112. Y-1.407. Repita.

-X-112. Y-1.407 -repitió Quesada.

-Exacto. ¿Piensa venir?

-Iremos. ¡Resistid, amigos!

-Te esperamos, terrestre, pero es muy peligroso volar por el espacio de Uros.

-Ya lo sabemos. Acabamos de dar una paliza a esos «negros» del diablo -anunció Quesada, más para animar a los ursitas que por propia vanidad.

-¡Magnífico, terrestre! Ahora espera. Nuestro jefe quiere hablarte personalmente.

-Bueno, que hable -manifestó el mejicano, a quien daba lo mismo hablar con uno que con otro operador.

Una voz nueva, grave y reposada sustituyó a la chillona del momento anterior.

-¿Puedo saber con quién hablo? -preguntó cortés.

-Coronel Diego Quesada -contestó éste, un poco sorprendido por el tono de aquella voz. Pero la exclamación que escuchó le hizo poner la cara de sorpresa mayor de su vida.

-¡«Manito»! ¡¡Tú!!

-¿Quién eres, que me conoces? -se extrañó Quesada muy intrigado.

-Soy Idón -respondió la voz alegre.

-¡Por Júpiter! ¿Es posible?

-¡Lo es, amigo mío!

-Es la mejor noticia que he recibido en este viaje.

-Vamos a tener pocas alegrías, querido Diego.

-¿Y Hélida, tu mujer?

-¡Ha muerto! -fue la lacónica contestación del llamado Idón.

-¡Lo siento de veras, querido amigo!

-Ya hablaremos cuando estés aquí. El motivo de ponerme yo personalmente a transmitir era el de disuadir al piloto terrestre de que llegara a Uros. ¡Es muy peligroso!

-¿Y crees que me dejaré convencer? -bromeó Quesada.

-Ahora que sé quién eres, me alegraría muchísimo que te volvieras, pero no me atrevo a pedírtelo.

-No quiero volverme, Idón. Pero es que además, «no puedo» -y recalcó esto último.

-De acuerdo, Diego. Creo que te comprendo.

-Creo que esta comunicación es ya muy larga. El «cerdo negro» puede que se esté enterando.

-Puede que así sea -convino Idón.

-Hasta después, amigo. ¡Y arriba esos corazones ursitas!

-¡Gracias!

Cuando se cortó la transmisión, la voz de Nora, preguntó:

-¿Encontró un amigo, coronel?

-Sí. Un viejo amigo de otros tiempos. Ahora llame a los demás destructores y déles las coordenadas de esa base ursita.

-Entendido.

Conforme avanzaban, la claridad se hacía mayor. La mole del yermo planeta Wania había quedado ya atrás y Quesada dispuso un extenso parte para el almirante Kleber. Cuando lo tuvo redactado, lo alargó a Nora.

-Transmita ese mensaje en clave al almirante. Utilice la clave ciento treinta.

-¿Por qué esa? -se extrañó ella.

-Manías mías, señorita -fue la contestación del jefe.

-¡Atención al radar! -advirtió Meyer.

Después de observar la pantalla, Quesada frunció el ceño.

-Demasiados enemigos.

-Serán wanitas, claro -apostilló Nora.

-Un espejismo no es, señorita. Pierda esa esperanza -habló el

mejicano con sorna.

Ella se mordió los labios y pensó que había desperdiciado una gran ocasión de estar silenciosa. Lo que más la mortificaba era el concepto que de ella estaría formando aquel veterano y apuesto coronel a quien todo parecía salirle bien.

Quesada, silencioso, observaba la pantalla radar tratando de conocer la importancia del enemigo que adivinaba muy numeroso. Momentos después ya no le cabía duda respecto a ello. Era una fuerza importante contra la que no podrían combatir. ¡Pero él tenía que llegar! Resolvió lo más prudente, aunque no lo que más le agradaba.

-Llame a los destructores, teniente.

-Están a la escucha, señor -advirtió Nora al cabo de un instante.

-Atención todos. Habla Quesada. Se acerca una formación enemiga muy numerosa. No es prudente combatir con ella. Retirada. Vuelen hacia la Flota, pero dispersos y llamando con intervalos al comandante. ¡Suerte!

-¿Cuál es nuestro rumbo? -preguntó Meyer.

-El nuestro no ha cambiado. ¡Uros!

-¿Pasaremos, coronel?

-Lo intentaremos.

-¡Son lo menos cien naves! -pareció advertir Meyer sacudiendo la cabeza.

-¡Aunque fueran un millón, pasaremos! -fue la categórica respuesta del mejicano.

El «gallo de pelea» comenzó a ganar altura a velocidad creciente. Sus motores a chorro trabajaban a todo régimen y la velocidad se multiplicaba por minutos. Quesada cambió el rumbo de pronto y describiendo un círculo, apuntó la proa del destructor al disco refulgente del astro Irisis, sol de aquel sistema.

-Vamos a volar como nunca. La atracción de Irisis nos hará correr como desesperados -comentó el larguirucho Meyer.

-Está previsto, muchacho -asintió el coronel entre dientes.

-Nos siguen dos naves -apuntó Meyer.

-Pues ahora veremos si tienen el valor suficiente para correr como nosotros.

-Piden identificación, señor -habló Nora.

-Désela, teniente.

-¿Decimos quiénes somos?-se extrañó ella.

-Con pelos y señales. Mejor dicho, con plumas y espolones -rió Quesada.

-Está bien, transmitiré.

Nora Kent transmitió su identidad. La respuesta fue una invitación en idioma ursita a regresar a la Tierra o ser destruido.

-Dicen que nos retiremos a nuestro espacio o nos torpedearán.

-¡Qué bueno, muchacha! -exclamó con su más puro acento mejicano Quesada.

-Pásame la comunicación -pidió seguidamente el coronel.

-Ya la tiene.

-Habla el coronel Quesada -comenzó éste-. ¿Me escucháis?

-Te escuchamos, terrestre -fue la respuesta en lengua ursita.

-Conozco vuestra invitación para que me retire.

-¡Obedece! -fue la respuesta.

-¿Qué ocurrirá si me niego?

-¡Serás destruido!

-¡Tendréis que correr mucho para que vuestros torpedos me alcancen! ¡Probad!

-¡Obedece, terrestre!

-¡Ahorita, ya! ¡A la porra, negro del infierno!

Cortó Quesada la transmisión, Meyer silencioso, que atendía a sus instrumentos, apuntó:

-Empiezan a correr detrás de nosotros.

-Ya lo veo, capitán. Va a ser una carrera divertida. Tenemos que mantenernos fuera del alcance de sus torpedos.

-Sí, claro -asintió Meyer sin mucho entusiasmo.

La realidad era que aquella carrera desenfrenada en dirección a Irisis iba a ser muy peligrosa. Era como una trampa en la que por delante estaba la barrera térmica del astro que fundiría al destructor con los ardientes rayos a muchos miles de kilómetros de distancia, mientras que la tremenda atracción de su enorme masa, «tiraba» de la nave cada vez con mayor fuerza centuplicando su velocidad de caída hacia el apocalíptico homo.

Por detrás y volando muy separadas, las dos naves que tripulaban los

wanitas no le dejarían desviarse, ya que al hacerlo, entraría en la zona de tiro y sería torpedeado y aunque esto no preocupaba a Quesada, sí le imponían respeto los rayos «W» de que irían armadas aquellas naves, versiones modernas de los acorazados siderales terrestres.

Comenzó a pasar el tiempo lento y fatigoso, durante el cual ganaban velocidad a cada momento. La posición de las naves enemigas había cambiado y se separaban entre sí sin dejar de perseguirlos. La maniobra era correcta, ya que esperaban que en algún momento el terrestre viraría a un lado u otro para eludir la atracción terrible de Irisis.

Pero Quesada no pensaba hacerlo aún. Con la vista fija en el velocímetro y en el termómetro exterior, vigilaba atento. Correría hasta que la temperatura se lo permitiera.

Tanto Nora como Pat, guerreros bisoños, guardaban un profundo silencio. Sabían el grave peligro que estaban corriendo y en su fuero interno admiraban al jefe, aunque estuvieran inquietos por el resultado de aquella maniobra que por momentos se hacía más peligrosa.

Pat Meyer, sentado en su puesto, lanzaba furtivas miradas al coronel Quesada, cuyo rostro, un tanto endurecido, no dejaba traslucir la menor emoción. Se dio cuenta de que la temperatura exterior empezaba a subir y su intranquilidad subió también.

-El termómetro, señor -murmuró

-¿Qué le pasa a ese chisme? -preguntó seco Quesada.

-Está muy alto. La temperatura exterior...

-¿Estudió bien la física en la escuela? -fue la desconcertante respuesta del coronel.

-¡Saqué sobresaliente, coronel! -pareció molestarse el navegante.

-Entonces ya sabe que faltan aún ciento tres grados para que nos licuemos. Hasta llegar a esa temperatura, aún podemos seguir corriendo. ¿Lo ha comprendido, Meyer?

-Sí, señor.

El capitán Meyer asimiló la lección y no volvió a pronunciar palabra. Pero no por eso recobró la tranquilidad. Sus ojos no se apartaban del termómetro que, como poderoso imán, le atraía sin que él lo pudiera remediar. Las cifras fueron subiendo cada vez con mayor velocidad y llegó un instante en que según sus cálculos faltarían veinte grados para que la estructura se

colorease de rojo...

-¡Atención, capitán! ¡Listo para la maniobra! -sonó al fin la voz de Quesada.

-¡Listo! -balbuceó casi Meyer.

-Reversión de motores -ordenó Quesada.

Meyer se aferró a la palanca lateral, tiró de ella con todas sus fuerzas. Con los ojos en el indicador y la respiración contenida, esperó angustiado el resultado de la maniobra.

La aguja osciló suavemente, muy suavemente. Se paró, volvió a vibrar y, despacio, comenzó al fin a recorrer su camino. Le pareció al capitán que tardaba una eternidad en llegar al final y cuando lo hizo anunció con voz enronquecida:

-¡Maniobra terminada!

-¡Cinturones! -advirtió el mejicano pasando las correas del suyo.

-¿Listos? -volvió a preguntar.

Apretó Quesada la puesta en marcha de los motores a chorro. A tan infernal temperatura, era más que probable el incendio y así lo pensó Meyer muy intranquilo, pero los motores comenzaron su función normal y los astronautas sintieron que una fuerza descomunal los empujaba hacia ellos.

El frenado se produjo de forma súbita y brutal. La fulmínea velocidad de «caída» hacia Irisis fue decreciendo rápidamente, y el «gallo de pelea» enderezó su rumbo hacia otra trayectoria. Comenzó un viraje amplio por encima y en el centro de sus dos perseguidores, que súbitamente agrandaron su figura en la pantalla radar.

Intentaron los wanitas seguir la maniobra terrestre, pero les faltó la veteranía y el dominio de su nave que poseía Quesada. Como rutilantes meteoros, se perdieron en dirección al colosal horno de Irisis para licuarse al fin en una llamarada blanquinosa, desintegrándose.

-¡Al infierno, «negros»! -rezongó el mejicano satisfecho. Luego aflojándose las correas del cinturón que le ataba al asiento ordenó:

-Navegación normal, Pat.

Sin prisa fue quitando los pernos de la escafandra y al fin se la sacó. Respiró profundamente y prendió un cigarrillo. A una invitación suya sus compañeros le imitaron. Apareció el rostro de Meyer perlado de sudor. Quesada le sonrió afectuoso.

-¿Tranquilo?

-Sí, coronel, ¡le ruego me disculpe!

-¿Disculpar? -se extrañó Quesada.

-¡Tuve miedo a no poder frenar!

-¡Yo también! -confesó sonriente Quesada.

La carita pálida y sudorosa de Nora apareció libre y suspiró:

-¡Uf! ¡Qué calor!

-Meyer temía que nos fundiéramos -habló festivo el mejicano.

-Tengo todo el cuerpo empapado -confesó ella.

-¿Un cigarrillo, muchachos? Eso calma los nervios.

-Gracias, señor -respondió Pat, prendiendo luego el suyo.

-Tengo idea de que en el frigorífico hay algo para beber. ¿Qué tal sentaría un trago, señorita Kent?

-Vendría muy bien.

-¿Le molesta prepararlo?

-Nada de eso, coronel.

Cuando momentos después tenían las tres copas en la mano, la traviesa muchacha que era Nora Kent, salió a relucir.

-¿Contestaría a una pregunta, coronel?

-Claro que sí.

-Después de la otra guerra dejó el servicio para dedicarse a piloto de pruebas y eso es muy peligroso. ¿Es que le gusta el peligro? ¿No desearía tener un hogar? ¿Vivir tranquilo?

-Alto, alto. Dijo una pregunta y van varias.

-En realidad son todas una.

-Pues contestaré a todas con una sola respuesta.

Quedó silencioso Quesada. Con la copa en la mano y la vista fija en un punto indeterminado, habló como para sí.

-Mi ideal era algo que perdí, sin posibilidad de recobrar. En ello se encontraba todo eso que ha citado.

-¿Murió? -preguntó Nora, que captó el sentido de la respuesta.

-¡Quizás ahora sí!

Al decir esto Quesada, su rostro se tornó grave.

-¡Oh! ¡Perdone, coronel! No era mi intención despertar recuerdos.

-No tiene importancia, muchacha -y el mejicano apuró de un trago el

contenido dorado de la copa.

CAPÍTULO V

El repiqueteo del morse hizo que Nora Kent acudiera presurosa a su puesto. Tomó el mensaje y lo alargó al coronel.

-De Uros -anunció.

Pasó Quesada la vista por el papel y su rostro reflejó satisfacción.

-Idón, el jefe ursita, nos espera en el espacio para llevamos a la base.

-¿Cita el lugar de reunión? -inquirió el larguirucho Pat.

-Sí. Ahí está. Necesito la orientación.

Meyer, que como navegante era un lince, orientó rápidamente la nave y ésta se encontró volando en pocos momentos en la dirección señalada para la reunión con el ursita.

Al cabo de una hora, los ojos del «gallo de pelea» que eran el radar identificaron un pequeño punto y Quesada alegró el rostro.

-Ese debe ser Idón.

-Observe el borde de la pantalla, coronel -advirtió Meyer.

-Es otra nave. No sabemos si habrán salido dos, pero lo mejor será enterarse.

-¿Llamo al ursita? -inquirió Nora.

-Sí.

Volaban muy deprisa y el punto se acercaba por momentos al otro más pequeño. Llegó la comunicación cuando Quesada comenzaba a impacientarse.

-Al habla la nave ursita, señor.

-¡Ya era hora!

-¿Eres tú, Diego? -sonó en el tornavoz la voz de Idón hablando en español.

-Sí. Vuelo hacia ti. ¿Quién es ese que tienes cerca?

-Un acorazado waní.

-¡Diablo! ¿Un acorazado, nada menos?

-Así es, Diego.

-¡Huye, Idón! ¡Te va a pulverizar!

-Ya no puedo. Volaré en círculo y trataré de torpedearle.

-¡Es una locura, amigo mío! Empleará los rayos «W».

-Ya no hay solución.

-¿Por qué no escapaste antes? -inquirió Quesada extrañado.

-No podía hacerlo. Estabas tú al llegar y no he querido que te tropezaras solo con el waní. Por eso te he aguardado.

Quesada tragó saliva, ¡El leal Idón de otros tiempos no había cambiado!

-¡Gracias, amigo! Lucharemos juntos hasta la victoria o hasta la muerte.

-Aún recuerdo vuestro grito de guerra, Diego.

-¡Pues adelante con él!

-¡Suerte y al toro! -gritó la voz de Idón.

-¡Suerte y al toro! -repitió el mejicano.

La gran nave tripulada por los waníes, demostraba ya su clara intención de atacar al pequeño torpedero que tripulaba Idón. Era imposible que desconociera la presencia del «gallo de pelea», pero juzgaría cosa fácil la destrucción de la pequeña nave y comenzó a describir un viraje que le aproximara a su caza.

Pero Idón no era tonto. Conocía el rendimiento que podía sacarle a su nave, entre cuyas condiciones estaba la de ser rápida y muy maniobrera y no se dejó intimidar por el coloso. Su problema estaba en mantener la distancia necesaria para hacer ineficaces los torpedos y los temibles rayos «W» desintegradores a mil kilómetros de distancia.

La pantalla de video del «gallo de pelea» entró en acción y sus tripulantes pudieron contemplar, mientras corrían, la lucha entablada entre el coloso sideral y el pigmeo.

La hermosa nave ursita, que ahora tripulaba el waní, relucía a los amarillos rayos de Irisis. Sus colores vivos se destacaban en el cielo azul del espacio de Uros, que muy lejano, aparecía como una pequeña bola amarillenta.

Idón, con su pequeño torpedero pintado de rojo con una banda circular blanca, había tomado «viruta», como se denominaba en el argot espacial al vuelo que estaba realizando, y que consistía en tomar altura describiendo una espiral muy cerrada, con la que en cada segundo estaba en una posición distinta.

Parecía raro que los wanitas no hubieran torpedeado ya a Idón y Quesada se felicitaba de ello por momentos, ya que esta tardanza le daría ocasión a intervenir con mayores posibilidades de éxito.

-A tiro de torpedos, coronel -anunció la voz de Pat.

-¡Lanza! -ordenó Quesada.

En aquel mismo instante, el waní cerró el círculo que describía y picó hacia arriba. Los torpedos terrestres se perdieron, y Quesada maldijo su mala fortuna. Ahora los wanitas lanzaban andanadas contra Idón, que muy alto se defendía bien con su arma peculiar. ¡Torpedos!

-Te ayudaremos, Idón! -exclamó Quesada excitado por el combate.

-Dame la distancia, Meyer.

-Dos mil cien kilómetros.

-¡Más torpedos! ¡Lanza!

Una nueva andanada partió del «gallo de pelea». El espectáculo ya conocido, pero siempre nuevo y apasionante de la lucha con torpedos se reflejó en el video. Una jauría de negros artefactos volando en nos del acorazado enemigo, acortaron la distancia, precipitándose sobre la colosal nave y en el último instante, cuando ya Quesada creía poder gritar hurra, un rayo anaranjado partió del acorazado y como la esponja en una pizarra, barrió del espacio al medio centenar de negros torpedos, que se desintegraron con un vivo parpadeo luminoso, cual carcasa de fuegos artificiales.

-¡Malditos! -rezongó el mejicano malhumorado. Luego pidió la distancia de nuevo.

-Mil quinientos kilómetros -anunció Pat Meyer.

-Prepara la artillería y los torpedos. Quiero que coincidan en el blanco.

El capitán Meyer efectuó las operaciones. El «gallo de pelea» subía muy deprisa y la distancia llegó a los mil kilómetros rápidamente, sin que al waní pareciera importarle el destructor terrestre.

-¿Preparados los torpedos? -inquirió Quesada.

-¡Listos!

-¡Lanza!

Nuevamente salieron al espacio los negros torpedos que volaron hacia el acorazado waní. Medio minuto después, la artillería atómica, apuntada por radar, entró en funciones contra el enemigo.

Sabía Quesada que los eyectores de rayos «W» podían funcionar durante períodos de treinta segundos, pasados los cuales, para efectuar una nueva descarga tenía que transcurrir otro medio minuto de espera, y confiaba

que en este lapso de tiempo y dada la poca práctica de la tripulación waní, habría algún resquicio para meterles algún torpedo o proyectil atómico.

Pero el mejicano se equivocó. Lleno de asombro vio cómo los torpedos fueron destruidos por los rayos «W» y cuando estos cesaron, una verdadera nube de torpedos brotó del acorazado, destruyendo los proyectiles de cañón que llegaban a las proximidades del blanco.

-¡Por mil legiones de waníes! Han aprendido bien los condenados. ¡Cuidado con esos torpedos que se acercan, Pat! -exclamó Quesada.

-¡Haré lo que pueda, señor!

Lo que hizo fue apretar el automático y lanzar tres andanadas de torpedos y el «gallo de pelea» dio una guiñada que zarandeó a los tripulantes de un lado para otro.

Un parpadeo vivísimo se produjo. La andanada de torpedos acometió a los que llegaban y se destruyeron mutuamente. Idón desde la altura comenzó a lanzar andanadas seguidas y entonces creyó Quesada que había llegado el momento. Ordenó preparar todos los tubos torpederos y decidido enfiló el «morro» del «gallo de pelea» hacia el acorazado waní.

Esto era jugarse la vida. Atacar de frente al coloso era ciertamente suicida. Tanto Pat como Nora se sobresaltaron al observar la maniobra, pero el aspecto tranquilo del coronel, devolvió en parte la tranquilidad a los oficiales.

A una orden de Quesada, Pat comenzó a descargar metódicamente los tubos lanzatorpedos. En los intervalos el mejicano disparaba los cuatro cañones atómicos, de tal manera que una continua descarga se producía contra el enemigo.

Éste, por su parte, se rodeó de una verdadera nube de torpedos propios con la que esperaba defenderse al tiempo que los eyectores «W» entraban en acción.

Era una lucha terrible que no terminaría más que con la destrucción de uno de los adversarios. El coronel Diego Quesada, con la vista fija en la pantalla de video, contaba las andanadas mientras la figura del acorazado crecía por instantes con la proximidad.

Silenciosos, con el ánimo suspenso, entraron en una zona en la que ya era imposible escapar. Quesada sabía que el torpedo fatal llegaría de un momento a otro y, con el rostro contraído, oprimía periódicamente el

mecanismo de disparo. La voz alterada de Pat le llegó por el intercomunicador de la escafandra.

-¡Torpedos agotados!

-¡Seguiré yo mientras tenga muni...!

No llegó a terminar la frase. Un fuerte golpe los zarandeó de tal manera que rodaron los tres por el suelo. El «gallo de pelea» dio una tremenda guiñada y se volcó de costado.

La pantalla de video se apagó y los indicadores luminosos dejaron de funcionar. Un resplandor vivísimo penetró a través de los alargados ventanales y Quesada pensó que había llegado su última hora. In mente se encomendó a la virgen de Guadalupe y esperó.

Pero no ocurrió nada. AI menos inmediatamente.

-¿Están bien? -preguntó a través de los intercomunicadores.

-Yo, coronel... tengo un enorme peso encima -sonó la voz de Nora, mientras Quesada notaba que algo se removía bajo su cuerpo.

-¡Demonio, señorita! Espere a ver si me puedo incorporar.

Se incorporó al fin. En un equilibrio muy precario, agarrándose donde pudo, tendió una mano a Nora que yacía arrinconada.

-¿Está bien, señorita? -preguntó solícito.

-Sí, creo que sí -respondió ella palpándose el cuerpo.

-¿Y Pat?

-Allí, señor. Creo que le ocurre algo. ¡No se mueve!

-Procure hacer algo por él. Yo voy a ver qué ocurre que volamos aún.

-¿Es que no deberíamos volar? -se extrañó ella.

-Pues... no sé. Vamos de costado y esto no es normal. ¿No cree?

-Sí, claro...

A fuerza de puños se izó a su asiento que había quedado cerca del techo y se aferró a la palanca de dirección. Sus esfuerzos fueron vanos. El «gallo de pelea» no recobró su posición. Miró el velocímetro y le dio un vuelco el corazón. ¡Volaban como una centella!

Observó a través de un ventanal y no vio más que el cielo azulado del sistema de Irisis. Se inclinó al otro lado que ahora resultaba ser el suelo y percibió la bola de Uros que subía hacia ellos.

Comprendió de golpe su situación. El «gallo de pelea», sin mandos, se precipitaba hacia el planeta Uros donde se estrellaría, no tardando mucho o

quizás debido a la fricción con la atmósfera se incendiaría antes de llegar.

Había que abandonar la nave. Alzó la voz.

-¿Qué le ocurre a Pat?

-Está inconsciente.

-Procure reanimarle pero no le quite la escafandra. Yo tengo que hacer algo por ahí dentro.

Sin dar más explicaciones se descolgó de la altura y llegó a la puerta del corredor que llevaba a la cola de la nave. Unas veces a gatas y otras arrastrándose o en pie y agarrándose a donde podía, Quesada avanzó hasta donde debían estar los paracaídas. Palpó la pared, que ahora debido a la inclinación era suelo y encontró al fin el armario donde estaban las telas.

Lo abrió de un tirón. Sabía que el tiempo trabajaba en contra suya al aumentar la velocidad de caída de la nave y buscó frenético los bultos. ¡Allí estaban! Los sacó y engarfiando una mano a las correas, los arrastró retrocediendo hasta la cámara de derrota. Percibió a Nora arrodillada junto a Pat y preguntó:

-¿Cómo va eso?

-¡No sé qué pensar! No se mueve.

-Pues no tenemos tiempo que perder. Hay que abandonar la nave.

-¿Saltar al espacio?

-Sí, no pierda tiempo. Aquí tiene su paracaídas. Debe ponérselo cuanto antes.

-¿Pero y él? -y la muchacha señaló al largo capitán que, tendido, no se movía.

-Yo me encargo de él.

Agarró Nora uno de los paracaídas y con bastante soltura se lo endosó sobre el traje de vidrio y luego entre los dos incorporaron a Meyer y le ataron las correas de su paracaídas.

-Ahora escuche, teniente. Vamos a saltar. No sé dónde caeremos, pero está en lo posible que caigamos en manos de los wanitas. Si es así, pase lo que pase, no sabemos nada de la Flota de Kleber. ¿Comprendido?

-¡Sí, lo entiendo!

-Pues entonces, muchacha, ánimo.

-¿Quién salta primero? -preguntó Nora.

-Usted. Yo lo haré llevando a Pat.

-¿Ya?

-Espere.

Miró Quesada por el ventanal. El planeta Uros estaba ya tan cerca, que se distinguían sobre su superficie los mares y los continentes.

La atmósfera, menos densa que en la Tierra, no ofrecía la misma resistencia y la fricción era menor, por lo que el «gallo de pelea» se mantenía sin arder aún. Pero no sería por mucho tiempo. Quesada calculó. ¡Mil kilómetros!

Dentro de un momento sería ya peligroso permanecer allí. Aquello se convertiría en un horno. Se agachó buscando el mecanismo de cierre y lo abrió. La, puerta cayó hacia abajo y una ráfaga de viento penetró en la cámara.

El mejicano arrastró el cuerpo de Pat hasta el borde de la puerta que semejaba un agujero alargado y se volvió a la muchacha.

-¡Debe saltar!

Ella se acercó al borde. Ya en él, volvió el rostro hacia Quesada y el coronel vio los grandes ojos verdes de la muchacha fijos en él.

-¡Ánimo, yo salto detrás! -sonrió el mejicano.

La cara graciosa de la chica estaba pálida, pero serena. Su voz, un poco alterada, sonó:

-¡Adiós, señor! ¡Cuide de Pat!

-Nos reuniremos los tres abajo. No pase cuidado.

Avanzó resuelta y agitando una mano, saltó por el agujero, desapareciendo súbitamente.

-Ahora nosotros, capitán -ronroneó Quesada.

Con algún trabajo puso en pie el cuerpo largo e inanimado de Meyer. Le situó en el mismo borde del agujero y se abrazó a él. Pasó un dedo por las dos anillas de los paracaídas y, decidido, levantó en vilo al oficial. Avanzó un paso y se dejó caer por el alargado agujero.

Percibió el coronel la sensación de caer vertiginosamente en el vacío, mientras la masa del destructor se perdía en el abismo. Contó tres y tiró resuelto de las anillas, temiendo que los paracaídas al abrirse se enredaran. Sintió un fuerte tirón y alzó la cabeza. La enorme sombrilla de una tela estaba sobre él, pero el otro paracaídas estaba a medio abrir, enredado en las cuerdas del suyo.

El descenso continuaba no obstante muy rápido. Hubiera sido fácil para Quesada soltar al capitán y descender con normalidad, pero no lo pensó siquiera. La voz de Nora le llegó a través de la escafandra.

-¿Qué ocurre, coronel? ¡Bajan muy deprisa!

-No se alarme, muchacha, ya lo arreglaré.

-:¡e van a estrellar!

-Hasta que no lleguemos al suelo no lo sabemos.

Alzó Quesada un brazo y agarró una cuerda del paracaídas de Meyer. Tiró una y otra vez con todas sus fuerzas y le pareció que se abría algo más. Lo intentó de nuevo. La tela dio un crujido y el viento la hinchó al fin. Dando un suspiro de alivio, el coronel Quesada soltó el abrazo que retenía a Pat Meyer y éste se balanceó a su lado en una caída lenta y normal.

-¡Lo consiguió! -sonó la voz alegre de Nora Kent.

-¡Lo conseguí! -asintió el jefe notándose empapado de sudor.

CAPÍTULO VI

Las telas de los paracaídas se balancearon en el espacio descendiendo lentamente. Bajo los astronautas se extendía la enorme sábana líquida del océano y a él llegaron uno tras otro con breves intervalos de tiempo.

-¿Sabe nadar, teniente Kent? -preguntó Diego Quesada por los intercomunicadores.

-Como un pez, coronel -respondió la muchacha.

-Pues tan pronto tome contacto con el agua, nade en la dirección del capitán. Meyer. Yo lo haré también.

-Descuide, señor.

La primera en llegar fue Nora. Luchó bravamente contra la tela y las correas del paracaídas y luego se orientó. Algo lejos percibió al capitán y al coronel que se chapuzaban muy próximos y comenzó a bracear hacia ellos. Quesada la vio llegar y a pesar de que la situación no era como para perder el tiempo, perdió segundos admirando la estilizada silueta de la muchacha, que embutida en el traje de vidrio, pegado al cuerpo como un guante, nadaba con un estilo magnífico semejando una moderna sirena.

Se reunieron junto a Pat. El contacto con la frialdad del agua tuvo la virtud de reanimar a Pat Meyer.

-¿Qué... qué pasa? -fue su pregunta.

-Un baño, Pat. Eso es lo que pasa -respondió Nora.

-¿Pero y la nave? -se extrañó él.

-La hemos perdido. Nos dieron y saltamos en paracaídas -explicó la muchacha alargando la mano y ayudando al capitán a desprenderse del paracaídas.

-¿Y el coronel?

-Aquí estoy, muchacho. ¿Ya ha despertado? -sonó la voz de Quesada.

-Sí, pero no sé qué ha ocurrido.

-Estaba sin conocimiento y tuvimos que tirarle fuera como un fardo.

-¡Ya me acuerdo! El golpe en la cabeza.

-Algo así ha debido ser. Pero creo que ahí vienen a por nosotros -señaló el mejicano.

Navegando a buena marcha por la superficie del agua se acercaba una nave sideral. Era pequeña y pintada del mismo color que la de Idón. Quesada no las tenía todas consigo. Podían ser Idón o sus compañeros o también los

wanitas, que los hubieran visto caer. En tal caso las cosas se iban a poner feas para ellos. Pero no tenían opción.

Al fin la pequeña nave llegó cerca y disminuyó la velocidad hasta casi pararse. De su costado se abrió una escotilla y por ella apareció un astronauta que tiró algo al agua. Este algo aumentó de tamaño al poco y los náufragos percibieron la figura de una balsa de goma que se hinchaba automáticamente.

-Escuchad -llamó Quesada-. No sabemos quiénes son ésos que llegan. Pueden ser wanitas, en cuyo caso nos atraparán. No estoy muy animado a dejarme capturar, pero por otra parte aquí no podemos estar indefinidamente.

-¿Cuál debe ser nuestra conducta? -inquirió Pat.

Quesada miró dubitativo a sus dos jóvenes oficiales. En otras circunstancias y con otros compañeros, aquella pregunta no hubiera sido hecha siquiera. ¿Serían capaces de luchar contra el waní arrostrando las consecuencias adversas? Aventuró una pregunta para orientarse.

-¿Le hace gracia caer prisionero del waní, Pat?

-¡Ni pizca de gracia!

-¿Estaría dispuesto a luchar a todo evento? ¿Aun ante la misma evidencia de la derrota?

Tardó en contestar Pat Meyer. Luego su contestación fue en realidad una pregunta:

-¿Piensa resistirse a los que vienen, señor? ¡Yo le secundaré en todo caso!

Quesada se sintió avergonzado. Había pensado mal. Pero no pudo seguir hablando con Pat. A la balsa había bajado un hombre y con unos cortos remos bogaba hacia ellos. El mejicano hacía desesperados esfuerzos por reconocer al que llegaba para atemperar su conducta, pero aquel astronauta, uniformado de un color verdoso, no presentaba señales externas para ser reconocido.

Cuando estuvo cerca, la cosa cambió. El coronel vislumbró ya su rostro moreno de grandes ojos saltones y no le cupo ya duda de quién se trataba. ¡Era un waní! Habló brevemente:

-Escuche, Pat. Se trata de un «negro». Nos llevará a su nave.

-¿Qué debemos hacer?

-La tripulación de esa nave suele ser de dos hombres.

-¿Y bien?

-¡Sería magnífico apoderarse de ella!

Pat le miró incrédulo. ¡Estaban a merced del waní y ya pensaba en apoderarse de la nave! Se alzó de hombros. Pero la voz de Nora susurró:

-¡Yo haré lo que pueda, coronel!

-De acuerdo, muchacha.

El waní de la balsa llegaba. Cuando estuvo cerca, se paró. Algo en su actitud dio a conocer a los náufragos que aquel hombre estaba sorprendido. Pareció indeciso unos momentos y luego se inclinó hacia adelante para reconocer a los que estaban en el agua.

-Éste nos tomaba por compañeros suyos -opinó Quesada expectante.

-¿Qué hará ahora? -inquirió Meyer.

-Puede que se largue o que nos recoja. Depende de sus sentimientos o de las ganas que tengan de hacer prisioneros.

-No lleva armas -advirtió Nora.

-¡Mejor! Pero tienen bastante fuerza -adujo Quesada.

El waní, pareció tomar una resolución y se agachó. Del fondo de la balsa sacó unos cabos que arrojó al agua en la dirección de los terrestres. Éstos los agarraron y esperaron. El waní, una vez asegurado de que cada uno tenía el suyo, se sentó en la frágil balsa de goma y comenzó a bogar con fuerza en dirección a la nave, llevando a remolque a los tres náufragos.

-Parece que nos quiere para algo el «negro», -rezongó Quesada.

Llegaron al costado de la nave. El astronauta trepó por una pequeña escalerilla y se introdujo por la escotilla, dejando en el agua a los que había remolcado.

-¿Irá a pedir permiso para que entremos? -apostilló Nora.

-Puede ser que reaparezca armado -fue la opinión de Quesada.

Pareció adivinarlo. En la puerta apareció la figura del waní que con un corto fusil en la mano hizo señas de que subieran los de abajo.

-¡Voy primero! -advirtió Quesada.

-No haga nada hasta que no estemos juntos, coronel -solicitó Meyer viéndole trepar ya por la escalerilla.

Llegó Quesada arriba. En la misma puerta se enfrentó con dos hombres armados que le miraban curiosos y ceñudos.

-¿Quién sois? -preguntó uno de ellos en lengua ursita.

-Terrestres, ya lo veis.

El waní endureció el gesto. Sus ojos saltones miraron duramente a Quesada y luego espetó:

-¡Luchaste contra el acorazado nuestro y lo destruiste. ¡Pero tú vas a lamentar tal victoria!

-No sabía que lo hubiera destruido. Pero me alegra la noticia -fue la contestación de Quesada.

El waní que llevaba la voz cantante se le quedó mirando como si no comprendiera lo que acababa de oír. Luego, casi de repente, reaccionó violento. Levantó un brazo con la clara intención de castigar al terrestre por su osadía y lo bajó rápido y contundente, con la mano de canto para asestar un golpe en el hombro, punto vulnerable, ya que la cabeza estaba protegida por la escafandra.

Pero Quesada intuyó lo que pretendía su enemigo y saltó vivamente para atrás, mientras que su puño derecho salía disparado contra el estómago del alto waní, que recibió el impacto desprevenido y asombrado de que aquello pudiera suceder. Fue tal la fuerza puesta por Quesada en su puño, que su enemigo dio unos traspiés para atrás y al hacerlo tropezó con su compañero, el cual estaba al borde de la escotilla vigilando a los que había abajo.

Pat y Nora, que esperaban orden para subir a la nave, vieron asombrados como el waní que había arriba se soltaba de su asidero y caía de espaldas al agua, muy cerca de donde estaban ellos, perdiendo en la caída el fusil, que se hundió.

-Creo que debemos hacer algo -manifestó Pat.

-Arriba hay jaleo. Oigo resoplar al coronel -fue la contestación de Nora, que al mismo tiempo señaló a Meyer el sitio donde el waní caído parecía querer salir a la superficie.

Braceó el capitán vigorosamente hacia allí y al llegar, la cabeza del enemigo emergía de las aguas. Sin pensarlo más, Pat se lanzó contra él, logrando asestarle de primera intención un fuerte golpe en el estómago que le hizo resoplar, pero el waní respondió echando su potente zarpa a un brazo de Meyer y lo atrajo hacia sí. Luchó el capitán por soltarse de su enemigo, pero aquel hombre oscuro tenía una fuerza extraordinaria. Poco a poco notó Pat que la respiración le iba faltando y en un supremo esfuerzo por desasirse logró atrapar un brazo del hombre, haciendo que éste comenzara a hundirse, pero

arrastrándole consigo.

Nora, decidida a ayudar en lo que pudiera a su compañero, vio el corto remo de la balsa y se apoderó de él. Nadando como ella sabía hacerlo, se colocó a espaldas del waní cuando este arrastraba a Meyer y levantando con una mano la pala, asestó con ella un tremendo golpe en la cabeza del enemigo, partiendo la escafandra y llegando con el filo al cráneo del waní, el cual soltó instantáneamente al terrestre.

-Gracias, Nora -resopló Pat recobrando el resuello.

-¡Cuidado, Pat! -gritó ella excitada, viendo que el hombre se recuperaba y nadaba para aproximarse a él.

Pero el hombre hizo un viraje y con quien se encaró fue con la propia Nora que al verle venir se escurrió zambulléndose bajo el agua tratando de esquivarle. El waní, rápido y fuerte dio unas brazadas y se aproximó más a su presa, que le propinó un talonazo en un costado sin que esto sirviera más que para avivar el deseo del hombre de capturarla.

Con la escafandra rota y el cráneo herido, el enemigo parecía que tendría alguna desventaja respecto a sus adversarios, pero su resistencia era francamente excepcional. Alcanzó a Nora agarrándola por un pie, obligándole a dar la vuelta y subir a la superficie, y en su rostro contraído leyó la muchacha la idea homicida que le embargaba.

Pataleando, braceando y oponiendo toda la resistencia que podía, la valiente muchacha se debatía en los brazos de su captor, el cual apretaba, apretaba... Se sintió desfallecer. Un velo oscureció sus ojos y poco a poco las fuerzas comenzaron a abandonarla. Pensó por un momento que iba a desmayarse y luego ya no pensó nada más que en respirar, en seguir respirando aquel aire que le faltaba.

Cuando abrió los ojos Nora Kent, se encontró tendida en la balsa de goma del waní. Tenía quitada la escafandra y respiraba con dificultad. Miró a un lado y a otro y sólo vio la masa de la nave sideral que, con los motores parados, se balanceaba a alguna distancia de donde ella se encontraba. Trató de incorporarse y un agudo dolor la acometió en la espalda, pero se sentó.

Recorrió ansiosamente la superficie de las aguas buscando a Pat. ¿Dónde estaría? Luego pensó si habría sucumbido a manos de aquel terrible waní y su corazón se llenó de zozobra. ¡Tenía que hacer algo! ¿Pero qué? ¿Y el coronel? Dispuesta a saber se encasquetó la escafandra y comenzó a llamar

por el intercomunicador. La voz conocida de Pat la llenó de alegría.

-¿Ya despertaste?

-¿Dónde estás? -fue la respuesta de ella.

-En la nave.

-¿Y el coronel Quesada?

-Aquí está. También le he encontrado dormido.

-¿Pero vive? -se alarmó ella.

-Sí. Ha debido ser dura la pelea con este waní. Pero ha vencido.

-¿Y tú, Pat?

-Lo mío no tiene importancia. Ya pasó. Ahora lo importante es socorrer al coronel y tratar de navegar con esta nave. Aquí no me agrada mucho estar.

-Me duele mucho la espalda, pero voy a tratar de llegar a la nave.

-Espera, Nora. Yo voy.

Ya la muchacha, aunque dolorida, nadaba hacia la nave y pronto se encontró agarrada a la escalerilla y trepando por ella. Ya arriba, lo primero que vio fue el cuerpo de un hombre tendido y obstruyendo casi la entrada. Saltó sobre él con alguna prevención y penetró en la cámara de derrota, donde Meyer, inclinado sobre el cuerpo del coronel, trataba de reanimarle.

-¿Cómo está? -preguntó ella inclinándose a su vez sobre Quesada.

-Herida visible no tiene. Pero ha perdido el conocimiento. ¿Viste al waní muerto en la entrada?

-Le vi. ¡Es terriblemente corpulento!

-Un ejemplar de cuidado. ¡Lo ha liquidado!

Nora se quitó la escafandra y decidió:

-Necesitamos agua para lavarle la cara.

-Voy por ella.

Salió Meyer. Al llegar a la puerta decidió que lo mejor sería desembarazarse de aquel estorbo que tenía bloqueada la entrada. Con enorme esfuerzo empujó el cuerpo del hombre hasta el borde de la escotilla y con un empujón final, lo arrojó al agua.

-¡Busca a tu compañero y presentarse a Satanás! -murmuró Meyer resoplando por el esfuerzo. Luego bajó por la escalerilla y llenó de agua un pequeño recipiente que antes había encontrado en la nave.

-Aquí está el agua -anunció desde la escotilla.

-Ya no hace falta -fue la alegre contestación de Nora.

Miró Pat al interior de la cámara de derrota y percibió al coronel Quesada sentado en el suelo, frotándose una pierna.

-¿Cómo dice que le fue, señor? -preguntó Pat imitando el acento del mejicano.

-Muy bien. Aún vivo para verlos. ¿Y a ustedes qué les pasó por abajo? -fue la respuesta alegre de Quesada en su más puro acento nativo.

-Nos tuvimos que arreglar con el regalito que nos mandó. ¡Menudo ejemplar de waní! -se quejó festivo Pat.

-¡Pues el mío era de cuidado! -murmuró Quesada-. He tenido suerte, muchachos.

-Cuando entré aquí y le vi, creí que estaba muerto, señor -habló Nora apesadumbrada.

-Estamos vivos los tres y tenemos una nave. Eso es bastante más de lo que podíamos desear -resumió Quesada.

-¿Qué hacemos ahora, señor? -preguntó Meyer.

-De momento, abolir el señorío -fue la desconcertante respuesta del coronel. Como los dos oficiales guardaran silencio, Quesada aclaró sonriente.

-Cuando una tripulación recibe su bautismo de fuego y se porta como se portan ustedes, la jerarquía desaparece para dar paso al compañerismo. ¡Os ruego que me llaméis de tú! Sois tan buenos camaradas como los más viejos amigos de otros tiempos -y extendiendo sus manos las ofreció a los dos jóvenes que las estrecharon sonrientes y emocionados.

Momentos después Nora llamaba a Idón. Este tardó en contestar y cuando lo hizo su voz era gozosa.

-Creí que habíais sucumbido destruyendo al waní. Os vi caer -exclamó.

-Pues estamos vivos y hemos capturado una nave.

-¿Es posible eso? -se asombró Idón.

-Lo es. Ahora necesitamos saber ciertas cosas de su funcionamiento.

-¿Qué clase de nave es?

-Una torpedera igual que la tuya.

-Es fácil. Corred por el agua hasta los doscientos cincuenta kilómetros por hora. Después picad hacia arriba sin temor. Acelerad en la subida hasta los mil doscientos kilómetros y estabilizad a los dos mil de altura.

-¿Nada más?

-Sólo eso.

-Pues hasta luego en la base.

Quesada se volvió y con cara alegre manifestó:

-En marcha, chicos. ¿Recuerdas las coordenadas de la base ursita, Pat?

-Sí, las recuerdo.

-Pues andando para allá.

Tomó asiento Quesada ante los mandos de la pequeña nave. A su lado se sentó Meyer estudiando el plano de Uros que se extendía en tamaño reducido ante su vista, y Nora se acomodó como pudo tras el piloto.

-Poneos las escafandras y los cinturones. Vamos a partir -ordenó el coronel.

Todos obedecieron. Luego Quesada apretó la puesta en marcha de los motores y una ligera vibración sacudió la torpedera. Ésta arrancó deslizándose por las aguas y, ganando velocidad por momentos, llegó a la indicada por Idón. Tiró de la palanca Quesada y la nave empinó el «morro» instantáneamente, elevándose como una saeta. Los tripulantes ya esperaban esto y soportaron por unos minutos las molestias de la aceleración, hasta que al llegar a los dos mil kilómetros de altura Quesada apagó motores y estabilizó la nave.

-Orientación, Pat -demandó Quesada.

-Dirección nordeste.

Un amplio círculo fue necesario para que la nave sideral tomara la dirección indicada por Meyer y cuando la aguja magnética señaló el nordeste, el piloto volvió a conectar los motores.

-Estamos a mil seiscientos kilómetros de la base de Yudiri. Llegaremos dentro de media hora.

-Magnífico, con tal de que no nos intercepten los waníes -respondió el mejicano.

Pero afortunadamente no ocurrió nada anormal y a la hora prevista por Meyer, el radiogoniómetro de la base de Yudiri señalaba el camino a la torpedera. La pantalla de televisión llevó a los astronautas la visión de la base que estaba en pie de guerra. Por todas partes parapetos, cañones, fortines... Nora, detrás de Quesada, suspiró:

-¿Sabes lo que pienso, coronel?

-No, teniente.

-Que nos vamos a meter en otro lío.

-Es posible. ¿Te asustan los líos?

-No. ¡Si son deliciosos! ¡Os aseguro que me aburro si no los tengo!

El recibimiento que les dispensó Idón fue en extremo caluroso. Apenas pusieron el pie en tierra, vieron venir hacia ellos a un hombre alto y musculoso que, con los brazos abiertos, se precipitó sobre Quesada, que le recibió con la misma efusión de alegría. Luego vinieron las presentaciones y el ursita abrazó a Pat y a Nora sin la menor reserva.

-No tengo que decirte lo que me alegra verte, Diego -manifestó Idón.

-Yo también me alegro, ya lo sabes. Sólo lamento que el motivo que nos reúne sea tan doloroso para vosotros.

-¡Estamos pasando momentos terribles! -manifestó el ursita con amargura.

-Pero estamos aquí para algo, Idón -le recordó Quesada-. La Flota Sideral Terrestre está a dos días de Uros.

El rostro de Idón, al conocer tal noticia se alteró. Agarrando a Quesada por un brazo, murmuró roncamente:

-¿Es... es cierto eso, amigo?

-¡Sí! Yo me he adelantado para tratar de encontrar una base de desembarco para la Flota.

-¡Pues aquí está esa base!

-¿Cuánta gente tienes?

-Quinientos hombres, pero bastante desmoralizados.

-¿Desmoralizados, estando tú aquí? -se extrañó Quesada.

-Los acontecimientos han sido tan rápidos y funestos para nosotros, que la tropa y muchos oficiales prefieren parlamentar con el waní, antes que luchar estérilmente -y al acabar de decir esto, el rostro viril y severo del jefe ursita, denotó la enorme desesperación interior que le embargaba. Quesada en un arranque de los suyos propuso:

-¡Reúne a la gente! ¡Quiero hablar con ellos!

-Bien, vamos a la Escuela de Oficiales. Allí puede ser la reunión.

Comenzaron a andar, seguidos de los dos terrestres y dos oficiales más ursitas que acompañaban al general Idón. Mientras se acercaban a un

grupo de edificios, Nora examinaba con ojo clínico al jefe ursita. Era alto, más que Quesada al que sacaba por lo menos la cabeza. Tenía un aspecto severo y reposado y llevaba con naturalidad el uniforme del ejército, que le daba prestancia. Su rostro, ligeramente pálido como todos los de su raza, era de una belleza muy varonil y su cabello cortado muy corto estaba casi blanco. Pero lo que más llamó la atención de Nora fueron los ojos del ursita. Eran un poco oblicuos, pero negrísimos y muy vivos. Parecía concentrar en ellos toda la energía que a no dudar poseía aquel hombre de otra raza.

-¿Qué te parece el general ursita? -preguntó suavemente Nora a Pat.

-No he formado opinión aún. Pero creo que no es mal partido para una chica terrestre -respondió el capitán en el mismo tono.

-¡Idiota! -silabeó ella mirándole despectiva.

No tardó más de un cuarto de hora en reunirse la guarnición de la base en la Escuela de Oficiales. Una gran sala de conferencias con cómodos asientos para los alumnos y un estrado, todo profusamente alumbrado y ornamentado con grandes mapas de Uros y un sinnúmero de planisferios de todas las regiones celestes conocidas, hacían de aquel lugar un sitio cómodo para el estudio de los espacios siderales.

Invitados por Idón, los tres terrestres tomaron asiento en el estrado junto a él y los dos oficiales ya conocidos. El general Idón tomó la palabra.

-Os presento a estos amigos de la Tierra. Uno de ellos es un viejo conocido de otros tiempos difíciles para nosotros. Habréis oído hablar de él como de un héroe. Se llama Diego Quesada, quiere hablaros y comunicaros una noticia tan interesante en estos momentos, que quiero que sea el mismo el que lo haga.

Cuando guardó silencio Idón, Quesada se puso en pie y adelantó un par de pasos. Su figura gallarda, su aspecto decidido y el vistoso escudo que llevaba en el pecho, le granjearon inmediatamente las simpatías de aquellos soldados y oficiales desmoralizados por las derrotas.

-Escuchadme, amigos. He recibido orden de mis jefes de adelantarme a ellos y saludaros en nombre de la Tierra. Conozco la gravedad de la situación y no estoy aquí para acompañaros en los lamentos. ¡Estoy aquí para obrar!

Un murmullo de expectación corrió por todos los asistentes. Diego Quesada continuó:

-Tengo una gran noticia para el pueblo ursita. ¡La Tierra está en marcha para ayudaros! ¡La Flota Sideral Terrestre llegará dentro de dos días y ésta será la base de desembarco de sus ejércitos mecánico y humano! ¡¡Soldados ursitas!! ¡¡Arriba los corazones!!

Aquellos hombres que momentos antes pensaban con temor en el posible ataque de los wanitas a la base, se sintieron electrizados por las palabras del coronel terrestre. Puestos en pie, aclamaron con una gran ovación al hombre que llevaba aquellas noticias.

Cuando se quedaron solos, de nuevo Idón, ante un gran plano de Uros, explicó cómo estaba la situación militar.

-Sólo hay tres núcleos de resistencia que nosotros sepamos. Otros dos y este, pero muy alejados unos de otros.

-Supongo que se podrá enlazar por radio con ellos.

-Desde luego.

-Llámales, Idón. Cuéntales lo que ocurre aquí, que resistan.

-Lo haré -respondió sonriendo el ursita.

-Dime, amigo. ¿Qué sabes de Ana Oliveira? Yo sé que Alberto ha muerto y que ella combatía o resistía en algún punto cercano a la capital del planeta.

-Ese punto de que hablas se rindió hace tres días -respondió gravemente Idón-. Allí debió morir Hélida.

Ante la mirada interrogadora de Quesada, explicó:

-Ya sabes la amistad que nos unía. Yo estoy aquí debido a una inspección que se me ordenó y mi esposa, como otras veces, se quedó con ellos por lo que juzgo que se unirían para la lucha en la que murió el embajador.

Quedaron silenciosos los dos hombres. Cada uno de ellos pensaba en una de aquellas mujeres cuya suerte desconocían pero que podían dar por muertas. Una rabia sorda invadía a Quesada. Rabia contra la adversidad, contra la tremenda distancia desde la Tierra y la imposibilidad de haber llegado a tiempo.

-¿Qué habrá sido del padre Tomé? -inquirió.

-Estaba en la ciudad submarina de Oceanta.

Me temo que el buen padre habrá sucumbido.

CAPÍTULO VII

Encerrado con Nora en el gabinete telegráfico de la Base de Yudiri, Diego Quesada transmitió un largo mensaje cifrado al almirante Kleber, dándole cuenta de todo lo ocurrido y la disposición de la base para un probable ataque waní. La respuesta llegó pronto y era escueta:

«Almirante Kleber a coronel Quesada.

Enterado mensaje. Conserve la Base a toda costa. Kleber.»

Quesada miró pensativo a la muchacha. Luego se alzó de hombros y comentó:

-La conservaremos, con o sin permiso del waní.

-¿Crees que atacarán? -preguntó Nora utilizando el tú con cierta prevención.

-Depende de la importancia que tenga para el waní. Pero si lo hacen, la cosa se va a poner fea aquí.

-¡Menudo viaje de turismo estamos haciendo! ¡Y con las ganas que yo tenía de conocer este mundo!

Rieron los dos la ocurrencia de la chica. Pero estaba visto que en aquel «viaje de turismo» de que hablara Nora, la tranquilidad iba a estar ausente. La estridente voz de una sirena comenzó a lanzar al aire sus aullidos y se apresuraron a salir del patio de la Escuela para informarse.

-¡Voladores! -les gritó un oficial corriendo a todo gas.

-¡Malo! -pensó Quesada-. Esto es sólo el prólogo del ataque que se realizará después.

Alguien les llamó perentoriamente y corrieron hacia allí. Un sargento femenino de la Defensa Pasiva les indicó la obligación de quitarse de en medio y guarecerse en un refugio que les indicó. Cuando llegaron a él, después de soportar la bronca del sargento, Quesada torció el gesto cómicamente.

-No me gustan las regañinas de las mujeres. Se ponen muy feas.

Nora sonrió y quizás iba a decir algo cuando una gran explosión se produjo y el aire desplazado por la onda explosiva lanzó a unos contra otros en un empujón ciclópeo, llenando de confusión aquel refugio, mientras el polvo y las piedras desprendidas del techo caían sobre sus ocupantes.

Un cuarto de hora después cesó la alarma. Quesada y la chica abandonaron maltrechos y llenos de sudor aquel refugio y al salir a la

superficie su asombro fue enorme. El patio de la Escuela había encajado una bomba y un embudo como el cráter de un volcán se abría donde antes había jardines muy cuidados. Toda la edificación de la Escuela de Oficiales había sido barrida de la superficie del terreno, quedando solamente unos cuantos hierros retorcidos donde antes se asentaba un hermoso edificio.

La vista de Quesada se detuvo en algo parecido a un guiñapo caído junto a una gran piedra. Nora siguió la dirección de su mirada y de su boca salió una exclamación de horror.

-¡Oh! ¡La sargento!

-¡Sí, pobre! -murmuró Quesada recordando la bronca que tuvo que soportar del sargento femenino.

-¡Nos ha salvado la vida! -comentó Nora, emocionada.

Por todas partes comenzaban a salir soldados de los refugios y Quesada buscó a Pat. Divisó la alargada figura rematada por la roja cabellera entre un grupo de oficiales y le llamó.

-Menudo agujerito han hecho esos «negros» -comentó al llegar.

-Quiero que hablemos -propuso el coronel-. Vamos a nuestro alojamiento.

Se encaminaron a él. Por todas partes había escombros y grandes trozos de plástico transparente de los ventanales. Una ambulancia pasó ululando, seguida de dos coches más y cuando llegaron al alojamiento, el más completo desorden reinaba en la habitación.

-Por aquí sopló la onda -habló Pat, señalando los muebles volcados y las ventanas sin transparentes.

-Como se les ocurra a los «negros» volver, dejan esta base sin un edificio -apostilló Nora, pasando la vista por aquella desolación.

-Creo que no volverán. Las pérdidas que han tenido han sido cuantiosas, según me han informado -aclaró Meyer.

-Explícate -pidió Quesada.

-Tienen un eyector de rayos «W» instalado en lo alto de la Torre de Mando. Parece que venían dos docenas de voladores y sólo uno de ellos pasó. Fue el que bombardeó la Escuela.

-Me preocupa una cosa -intervino Quesada-. Los wanitas parece que atacan con «robots». Eso se explica por la poca gente que tienen. Pero los ingenios electrónicos son terribles. Hay que destruirlos para pararlos.

-¡Un momento! -intervino Nora súbitamente-. Se los puede parar sin destruirlos y hasta recuperarlos y volverlos contra el enemigo.

-No nos irás a contar ahora una de miedo, ¿verdad, Norita? -contestó Pat, zumbón.

-¡Eres un estúpido! Antes de ingresar en la Flota, serví en «electrónicos» -respondió ella sofocada.

-Eso es interesante, muchacha. Pero lo malo es que aquí no tenemos controles remotos para poder verificar los conocimientos tuyos en esa materia -cortó Quesada.

-Puede que sí. He visto siete «robots» en hilera en un edificio no muy lejos de aquí. Si no los ha «matado» la atómica de hace un rato, podemos ir a verlos -manifestó Meyer mirando a Nora.

Al oír esto, la muchacha se puso en pie radiante.

-Si has visto «electrónicos» tiene que haber también control para moverlos. ¡Vamos, coronel!

-¡Vamos! -asintió éste interesado por aquello.

Salieron deprisa. Al cruzar por delante de la explanada donde antes estaba la Escuela de Oficiales, observaron a grupos de soldados trabajando en el desescombro de las ruinas. Pasaron sin detenerse guiados por Pat y enfilaron la dirección de un edificio no muy alto, pero alejado. Llegaron hasta él y observaron que había sufrido poco con la explosión. Penetraron sin más preámbulos y se encontraron en una gran sala a manera de vestíbulo, percibiendo alineados junto a la pared lo que Pat había visto. Siete «robots» de combate, de siluetas metálicas y macizas, desprovistos de toda belleza, que imponían respeto con su mole de dos metros de altura, llenos de articulaciones para la marcha y dos negros orificios en el sitio que deberían ocupar las manos.

-Estos electrónicos tienen un control remoto con el cual se los dirige -explicó innecesariamente Nora.

-Conozco eso -afirmó Quesada.

-Pero no veo aquí el control.

-Puede estar en otro lado.

-¿Vamos a buscar? -propuso Pat.

-Sí -asintió Quesada.

Penetraron en el interior. Comenzaron una minuciosa búsqueda

imaginando que el control electrónico de aquellos «robots» tendría, a semejanza de los terrestres, que ir montado sobre algún vehículo. En la parte trasera del edificio encontraron un pequeño oruga de dos asientos, pero sin el deseado aparato.

-Éste debe ser el móvil que lleva el control.

-Supongo que esos siete «electrónicos» estarán aquí para fines de instrucción y el control puede estar en alguna dependencia -habló Pat.

-¿Por qué no lo preguntamos? -propuso Nora con lógica.

-No. Quiero hacer algo que sorprenda a estos ursitas. Un golpe de efecto elevará su moral en el combate de manera grande y eso lo van a necesitar -explicó Quesada.

Mientras tanto, Pat Meyer abrió un armario. Nora, que miraba por encima de su hombro, dio un grito de alegre satisfacción.

-¡Ahí está!

-¡Bravo! -rió ahora Quesada.

El control era una especie de caja metálica maciza y pesada. Entre los dos hombres lo sacaron del armario con bastante trabajo y, resoplando, lo dejaron en el suelo. El aspecto del panel frontal era tan laberíntico, que Quesada miró dubitativo a la muchacha. Pero ella exclamó alegre:

-¡Fuera con él! Eso lo manejo yo mejor que una vieja la calceta.

Lo arrastraron casi hasta el vestíbulo. Nora se arrodilló ante el panel de instrumentos y botones y los contempló con el ceño fruncido. Ante la mirada expectante de los dos hombres, ella pulsó un botón y se encendieron varias lucecitas, al tiempo que las agujas de los indicadores comenzaban a vibrar.

-¡Cuidado, Norita! -exclamó Pat divertido ante la seriedad de la muchacha.

-Esto va a ser más fácil que pescar marido -aseguró ella guiñando uno de sus ojos a Quesada.

Pat carraspeó. Su faz rubicunda aumentó ligeramente de color y el coronel se preguntó divertido si sería aquélla la víctima de la traviesa muchacha.

-Esto está listo para funcionar -aseguró ella.

-Bueno, probemos. Pero con prudencia -asintió Quesada-. Quiero salir vivo de aquí.

Pulsó la teniente un nuevo botón y unas lucecitas verdes aparecieron en el pecho de los «robots».

-Esa debe ser la puesta en marcha -aseguró serio Pat.

El control estaba subiendo cerca de la puerta del vestíbulo. Los siete «robots», alineados en la pared de enfrente, grises, hoscos, inanimados, pero temibles, parecían esperar la orden de actuar.

-Hazlos avanzar -pidió Quesada.

-Eso está hecho -respondió la muchacha.

Apretó un botón muy decidida y los siete «electrónicos» comenzaron a levantar un pie. Lentamente se pusieron en marcha y en una línea avanzaron pausados paso a paso, bamboleantes pero seguros.

-Bien, detenlos -volvió a pedir Quesada.

Nora manipuló en los botones del panel y oprimió uno de ellos. Los «robots», lejos de pararse, aceleraron la marcha y con pisadas de recio golpe atravesaron la habitación, en derechura a la puerta.

-¡Para esos cacharros o nos atropellan! -gritó Quesada viéndolos avanzar a paso de carga.

La muchacha, un poco aturrullada, pulsó otro botón. Los «electrónicos» se detuvieron, dieron media vuelta y siguieron su marcha contra la pared donde antes estaban alineados.

-¡Estos se cargan el muro! -exclamó Pat muy alarmado.

-¡No sé cómo pararlos! -gimió Nora hecha ya un taco.

-¡Aprieta otro botón! ¡Cualquiera! -apremió Quesada ante el inminente choque de los «electrónicos» contra la pared.

Ella lo hizo y lo que siguió fue algo tan inesperado y contrario a lo que pretendían, que la sorpresa los paralizó por unos instantes. Uno de los «robots» alzó un brazo y del orificio que sustituía a la mano, partió un fogonazo vivísimo. Instantáneamente, la pared se derrumbó con un terrible fragor de piedras y polvo, mientras los siete electrónicos pasaban adelante machacando escombros y aumentando la espesa polvareda que ya había producido la pared al derrumbarse.

-¡Pero esto no para! -gritó Nora ya aterrada.

-¿Pero no habías servido en telemandos? -apostrofó Quesada entre alarmado y risueño.

-Pero este control es distinto -se disculpó ella confusa.

Una serie de golpes metálicos comenzaron a percibirse seguidos del ruido característico de una pared al desplomarse y Pat gritó:

-¡Esos se escapan a la calle rompiendo paredes, Nora!

-¡Creo... que ahora... habrán parado! -balbuceó ella nerviosamente.

-Sí -confirmó el capitán mirando por entre el polvo que lo llenaba todo.

-¡Menos mal! -respiró Quesada. Luego se encaró sonriente con la muchacha-. Puede que la primera prueba no sea muy feliz, pero te felicito. ¡Eso marcha!

-¿Los vuelvo a entrar? -preguntó ella más animada.

-¡¡No!! -gritó Pat-. Por lo menos mientras estemos nosotros dentro de este edificio.

-¡Eres odioso, larguirucho! -espetó ella despechada.

En la puerta aparecieron varios ursitas alarmados.

-Estos rostros pálidos se creen que ya han llegado los wanitas -rezongó Quesada.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó uno de ellos con divisas de oficial.

-Queríamos hacer más grande esta habitación -explicó Quesada sin mucho calor. Luego ordenó-: Desconecten el control y aguarden aquí.

Salió seguido de los dos oficiales terrestres, y así que estuvieron retirados del edificio, explicó:

-No os preocupéis. Ya se irán cuando se cansen de estar allí.

-¿Dónde vamos? -inquirió Pat.

-Buscaremos a Idón. Necesito que colabore con la idea que tengo y que Nora pondrá en práctica.

-¿Qué idea? -quiso saber ella.

-Algo relacionado con el control remoto -explicó Quesada.

Iba a contestar algo Pat, cuando divisaron la alta silueta de Idón. Éste, a su vez,también los vio y anduvo en derechura hacia ellos.

-Te buscaba, Idón -habló Quesada.

-¿Qué ocurre?

-Tienes siete «robots» en aquel edificio.

-Sí. Son para instrucción.

-Los necesito.

-Siete «robots» no suponen nada en una batalla -comenzó a explicar el

ursita.

-No los voy a emplear en la batalla. Es el control remoto lo que necesito.

-Explícate, Diego -pidió Idón.

-Cada control remoto manda una cantidad de «robots».

-Veinticinco -aclaró el ursita sin saber dónde iba a parar su amigo.

-Y cada control emite sus órdenes a los «robots» en una frecuencia de onda distinta.

-Naturalmente.

-Bueno, pues la señorita Kent, que ha servido en unidades de «electrónicos», tiene una teoría muy interesante.

-No es una teoría, coronel. Es una realidad. En la Tierra saben ustedes que se ha abandonado un poco la preponderancia del «robot» de combate. Es debido a que se ha comprobado que un enemigo inteligente, puede parar los «electrónicos» en el campo de batalla y aún volverlos contra sus propios ejércitos.

Ante estas palabras de Nora, que Quesada conocía un poco de pasada, el general ursita quedó silencioso y pensativo.

-Si eso es así, y no me parece descabellado, el problema es tener controles remotos y saber emplearlos eficazmente.

-Así es, señor -asintió Nora.

-Pero en esta Base sólo tenemos uno. El de instrucción.

-Emplearemos ese, Idón -intervino Quesada, que a toda costa quería hacer algo que elevara la moral de la tropa ursita.

-De acuerdo. El control de que disponemos es vuestro.

La noche se venía encima y decidieron descansar. Volvieron al alojamiento y tras una cena frugal que les fue servida por un ordenanza femenino, se tumbaron vestidos para descansar lo que les fuera posible.

Eran las cuatro de la mañana cuando fueron despertados. Les llamaba Idón y acudieron los tres presurosos.

-¿Qué ocurre? -demandó Quesada al verle.

-El radar descubre la presencia de varias columnas en marcha. Parece que por lo menos tres vienen hacia aquí.

-¿Están cerca? -inquirió el mejicano.

-Si continúan marchando a la misma velocidad, dentro de dos horas

pueden estar aquí.

-Pues vamos a organizar lo nuestro. ¿Cuál es el punto más elevado de la Base?

-La Torre de Mando, naturalmente. Pero es muy vulnerable.

-No importa. Nos vamos a instalar en ella con nuestro control remoto.

El pesado aparato fue llevado a la quinta planta. Era un observatorio extraordinario desde el que se divisaban grandes extensiones de terreno alrededor de la Base. Pat Meyer se encargó, por expreso deseo de Idón, del enlace con la artillería atómica, cuatro piezas en total, que estaban diseminadas en el terreno y camufladas en casamatas.

-Tengo confianza en tus teorías -habló Quesada mirando a la rubia Nora.

-Procuraré acertar.

Provistos de prismáticos, esperaron la presencia de las tropas «electrónicas» mandadas por el waní. Un parte del gabinete de radar señaló la presencia ya próxima de grandes masas metálicas en movimiento hacia la Base y todo se puso a punto para la defensa.

Nora, con un delgado librito en la mano, encontrado en el control, parecía muy satisfecha. Lo agitó señalándoselo a Quesada.

-¡Las tablas de frecuencias en que emiten los controles! -gritó alborozada.

-¿Dónde lo encontraste?

-Aquí, en el control.

-La cosa va a ser más fácil ahora.

-Puedo hacer milagros con él -aseguró ella radiante.

-No quiero milagros. Sólo deseo que dé resultado el plan.

-Seguro, «manito» -fue la respuesta desenfadada de ella.

Quesada la miró divertido. Aquella chica estaba resultando un camarada alegre aun en los momentos de mayor apuro. Un ruido lejano y multiforme, metálico y bronco, comenzó a oírse. Nora y Quesada comenzaron a explorar el terreno con los prismáticos. Fue Quesada el primero que se apercibió de la presencia del enemigo.

-¡Ahí están! Por aquella loma de la izquierda. ¿Los ves?

-Sí. Llevan banderolas en las antenas.

-Pues manos a la obra.

La muchacha se acercó al control y con toda seguridad pulsó el encendido. Unas lamparitas se encendieron en el interior de la caja metálica y Quesada esperó. Mentalmente rogaba al Todopoderoso que diera lucidez a aquella muchacha en la misión que iba a desempeñar.

Un ordenanza de la sala de radar le pasó un parte. Quesada leyó: «Número de unidades de «electrónicos» localizadas hasta el momento, cuarenta». Calculó mentalmente. ¡Mil «robots»! Nora le miró y él sonrió suavemente.

-Escucha, muchacha -habló Quesada con tono amable-. Podía haber confiado este trabajo a un ursita práctico en el manejo del control. Pero he preferido que seas tú, mi teniente de radio, la que lo haga.

-¡Gracias, coronel! -exclamó Nora emocionada.

-Ahora, sin nervios. Como en instrucción. Hay que encontrar rápidamente la longitud de onda en que transmite el grupo de «robots» que nos interese. ¿No es así?

-Así es -asintió ella.

-Pues a ello. ¿Ves aquel grupo de las banderolas verdes en las antenas?

-Los veo.

-Intenta pararlos.

CAPÍTULO VIII

El ataque waní a la Base de Torpederos Espaciales de Yudiri comenzó con una oleada de «robots». Avanzaron desde varias direcciones para converger en los edificios de la Base, arrollando varias de las defensas establecidas por los ursitas pese al fuego de los desintegradores y las piezas atómicas.

Avanzaban los «electrónicos» como la infantería clásica, en guerrillas algo numerosas, pero escalonados en profundidad, sin líneas frontales y conducidos desde los controles de cada grupo aprovechando los desniveles del terreno y todos los obstáculos que les permitieran una progresión hacia el objetivo sin sufrir bajas. Los fogonazos desintegradores que emitían los terribles artefactos destruían todo lo que se les ponía por delante de forma sistemática, único medio de abrirse camino.

Las defensas que habían sido rebasadas fueron totalmente destruidas, sin que ni uno solo de los defensores escapara con vida, y la moral de los ursitas, ya de suyo baja, comenzaba a flaquear.

En la Torre de Mando, Nora y Quesada vivían momentos de verdadera zozobra. La muchacha comenzó a rodar el cambio de frecuencia del control remoto y a cada nueva frecuencia pulsaba el botón de parada.

-¿Ya? -preguntaba a Quesada.

-¡Sigue! -respondía éste brevemente.

Pasaban largos los minutos. A cada pulsación y pregunta, sucedía la misma respuesta negativa. Quesada tragaba saliva sin atreverse a preguntar nada por temor a que la muchacha perdiera su propio control, pero aquello no iba bien. De pronto, el gruño de «robots» de las banderolas verdes se paró.

-¡Ahora! -gritó Quesada esperanzado. A continuación, y por el enlace radiofónico con Pat, ordenó:

-Escúchame. Pat.

-Te escucho.

-Hay una unidad de «electrónicos» con banderolas verdes inmovilizados.

-Los veo.

-¡Bárrelos con la artillería antes de que los pongan en marcha, y en lo sucesivo tirar contra todos los que estén parados.

-Entendido.

Quesada observó ansiosamente. Segundos después, un vivo resplandor se producía junto a los «robots» inmovilizados y una nube de polvo los ocultó a la vista del mejicano. Cuando el polvo se volatilizó, la unidad de «robots» había desaparecido.

-¡Hurra! -gritó Quesada entusiasmado.

Nora, junto a él, le miraba risueña y el le gritó:

-Eres la más linda teniente que he conocido en toda mi vida ¡Vamos a por otro grupo de «electrónicos»!

-¿Cuál?

-El más próximo. El de las banderolas amarillas.

Ahora la cosa fue rapidísima. Los «robots» quedaron inmóviles precisamente cuando comenzaban a atacar una casamata de desintegradores. El resultado fue que los ursitas dieron cuenta de ello antes de que Pat pudiera intervenir con sus piezas atómicas.

Se fue repitiendo la operación, y grupos de «robots» fueron inmovilizándose en el terreno ante las atónitas miradas de los ursitas, que se apresuraban a destruirlos si los tenían a tiro de los desintegradores. Pero los wanitas no tardaron en reaccionar. Debieron recibir orden de atacar a toda costa, y nuevas unidades de «electrónicos» hicieron su aparición en el terreno de lucha, avanzando a paso de carga y batiendo el terreno con sus desintegradores.

Nora no se daba punto de reposo, pero los «robots» avanzaban por todas partes. Quesada comunicó a Pat la necesidad de buscar los blancos en los orugas que transportaban los controles enemigos, pero éstos estaban muy lejos. Entonces el fuego artillero se centró frente a los edificios de la Base, en un intento desesperado de detener el avance de los «robots». Idón, al frente de varios oficiales y soldados, tomó posiciones muy cerca de la Torre de Mando, y una serie de desintegradores comenzaron a funcionar contra los «electrónicos» más cercanos deteniendo por un instante el avance en aquella zona.

Pero los «robots», aun con enormes pérdidas, proseguían su avance incontenible hacia los edificios de la Base. Las descargas eléctricas de sus brazos abrasaban todo lo que se les oponía y un constante parpadear de fogonazos cruzaba el aire.

Pero la situación se complicó de forma alarmante. Varios cañones

autómatas sobre orugas aparecieron y comenzaron a cañonear con proyectiles atómicos los edificios. Cada blanco era seguido del derrumbamiento de una casa y el polvo, los gritos de los ursitas y los tremendos estampidos de las explosiones ponían pavor en el ánimo mejor templado.

-¡Por el mismo diablo que eso es peor! -gruñó Quesada.

Pat, con su artillería, comenzó a batir los orugas que montaban las piezas artilleras enemigas y al principio tuvo éxito. Pero pronto fueron localizadas las piezas ursitas y, una tras otra, silenciadas.

Quesada se daba a todos los demonios previendo lo que iba a pasar cuando el campo fuera de los cañones wanitas. Ya uno de ellos tiraba con poca fortuna sobre la Torre de Mando con el deseo de abatirla. Recordó algo el mejicano y su rostro se contrajo de sorpresa.

-¡Sigue haciendo lo que puedas contra los más próximos -gritó a Nora corriendo hacia la puerta.

-¿Dónde vas?

-¡A buscar algo muy importante!

Corrió escaleras arriba. En la planta superior estaba emplazado el eyector de rayos «W» y no le había visto funcionar. ¿Qué pasaría? Desembocó como un alud en la terraza delantera de aquella planta. ¡Allí estaba el eyector! Pero no había ningún sirviente. Se acercó al aparato y oprimió el disparador. Un rayo centelleante salió de la boca del tubo y Quesada lanzó una alegre exclamación.

Lo arrancó del soporte, un trípode parecido al de las ametralladoras pesadas balísticas de tiempos atrás y se tendió en el suelo al borde del voladizo. Vio una formación de media docena de «robots» que levantaban los brazos para disparar contra las ventanas de la planta baja de la Torre y adelantándose, disparó en abanico.

El rayo anaranjado partió del eyector y los macizos «robots» volaron pulverizados. Buscó otro blanco y lo encontró al instante.

Un oruga corría veloz hacia las destrucciones de la derecha y acabó su carrera súbitamente desintegrado. Una voz conocida gritó a sus espaldas:

-¡Eh! ¡Coronel!

Se volvió. La imagen de Nora Kent despeinada, con el uniforme despedazado y toda ella en un estado lamentable, se apareció a su vista.

-¿Te ocurre algo? -preguntó a gritos.

-Nada. Es que se ha derrumbado el techo y el control se estropeó.

-Pues no estés ahí tan tiesa. ¡Al suelo, si no quieres que te desintegren!

Gateó ella hasta su lado. Tumbada junto a él, preguntó:

-¿Qué nuevo chisme es ese?

-Rayos «W» -contestó él, lacónico.

-¡Zambomba! ¿Pero tenían eso y no lo utilizaban?

-Estaba aquí montado, pero no había sirvientes y...

Se interrumpió Quesada. Un estrépito de cadenas sonaba abajo y asomó la cabeza. Lo que vio, le llenó de preocupación. Cuatro blindados autómatas con su cañón, avanzaban despacio hacia la Torre.

¡Tenía que abatirlos! De lo contrario ellos pulverizarían la Torre y a ellos mismos. Se inclinó aún más hacia fuera con riesgo de ser visto y desintegrado. Pero en aquella postura no podía abarcar todo el frente que ocupaban los blindados y decidido se alzó sobre las rodillas y encaró el eyector. Le pareció divisar la negra boca de un desintegrador que se elevaba hacia él y frenéticamente disparó.

Una llamarada enorme, seguida de explosiones se esparció por doquier y Quesada cayó para atrás soltando el eyector. Nora gritó:

-¿Te han dado? ¡Contesta!

Pero Diego Quesada, muy pálido y con los ojos cerrados, yacía tendido sin un movimiento.

-¡Habla, por favor!

Viendo que no obtenía respuesta, Nora Kent se arrastró hasta el voladizo. Abajo, varios «robots», salidos no se sabía de donde, avanzaban contra la puerta de la Torre. La mirada de la chica resbaló por el interior de la habitación y sus verdes ojos muy abiertos, se fijaron en el tubo de rayos «W», caído junto al cuerpo de Quesada.

Una resolución se pintó en su rostro. ¡Si había que morir, lo haría destruyendo aquellos horribles monstruos, vengando en ellos al coronel y a Pat...! Un nudo se le formó en la garganta al pensar en el larguirucho capitán, y creyó que se iba a echar a llorar. Rabiosa, alargó el brazo y agarró el eyector.

Pesaba, pero lo dominó. Se asomó de nuevo y vio los feos «robots» que disparaban sin cesar sobre las ventanas. Encaró el tubo y disparó

apretando los dientes con rabia. Ella fue la primera asombrada por su acción. Donde estaban los «electrónicos», sólo había ahora hierros retorcidos, bobinas de humeantes cables...

Miró más lejos. Sus ojos descubrieron más «electrónicos» que sin oposición alguna lo iban demoliendo todo. Volvió a disparar los rayos «W». Ya habituada a aquello, pareció como si sus sentidos, su sensibilidad, se hubieran embotado.

Acechando y disparando estuvo no sabía cuanto tiempo. Desde aquella magnífica atalaya que era la Torre, no quedó un lugar de los alrededores de la Base sin batir por el formidable eyector de rayos «W». Luego, ya sin enemigos a la vista, se dejó caer cansada. Tendida en el suelo, con los ojos cerrados, pasó no sabía cuanto.

La visión de tanta destrucción, de tanta sangre, acabó con su resistencia. El recuerdo del rubio capitán Pat Meyer pareció volver a su mente y ya vencida su resistencia, sollozó:

-¡Pat! ¡Oh, Pat!

-¡Le amaba! ¿Verdad? -sonó una voz que le hizo dar un respingo.

Diego Quesada, sentado en el suelo la miraba con una suave sonrisa en su rostro moreno. Ella abrió los ojos y se le llenaron de alegre asombro.

-¡Pero no ha muer...!

-¡No he muerto! -denegó Quesada completando la frase.

CAPÍTULO IX

La Base de Yudiri era un montón de escombros y entre ellos los supervivientes buscaban a sus compañeros muertos o heridos, pero el ataque waní había fracasado. Nora y Quesada buscaron entre tanta destrucción a Pat. Al fin lo encontraron tendido en el suelo de uno de los pocos edificios que conservaban la techumbre. Estaba herido y ya había sido atendido por uno de los sanitarios que deambulaban de uno a otro lado, demasiado atareado para detenerse mucho en cada paciente.

-¿Cómo estás, Pat? -inquirió Quesada sentándose a su lado, mientras Nora, demasiado emocionada para hablar, lo hacía al lado opuesto.

-Ahora parece que me duele menos -respondió animoso el capitán.

-¿Qué es?

-Una pierna rota, creo. Fue una viga que se me echó encima al derrumbarse la casamata.

-Una pierna rota es casi una caricia -bromeó Quesada. Luego señaló a Nora.

-Ahí tienes a nuestro teniente. Ha resultado una heroína extraordinaria.

-Los paraste, Norita. ¡Te felicito!

-Eran muchos -se lamentó ella.

-Pero fue magnífico verlos inmóviles esperando su destrucción -aseguró Pat muy serio.

-Me voy a marchar. Debo enterarme dónde está Idón. Nora se queda aquí y tan pronto como pueda te trasladaremos a otro lugar.

-No debe haber muchos lugares en esta Base para escoger -sonrió Pat.

Nora dirigió una mirada de agradecimiento a Quesada y éste, alzando una mano en despedida, salió. No sabía dónde dirigirse en aquella desolada Base. Pasaron junto a él unos soldados transportando heridos y preguntó por Idón. No lo sabían y continuó deambulando de un sitio para otro. Aquel espectáculo era deprimente. Por todas partes ruinas, hierros retorcidos, masas sanguinolentas que recordaban vagamente formas humanas...

Alcanzó a ver a un oficial de una unidad de desintegradores. El hombre, joven y apuesto en otra ocasión, aparecía derrotado y sin ánimo. Destrozado el uniforme, pálido, sucio, ensangrentado, se tenía en pie de puro milagro.

-¡Eh! ¡Amigo! -llamó Quesada.

El hombre se paró. Quedó quieto mirando al terrestre y luego murmuró con dejadez:

-¿Qué quiere, terrestre?

-¿Ha visto a Idón?

El oficial apretó los dientes. Su rostro se contrajo en una mueca desgarrada y de pronto, alzando los puños crispados, comenzó a golpearse el rostro mientras gritaba histéricamente:

-¡Muerto! ¡¡Muerto...!! ¡Idón ha muerto!

Quesada comprendió que aquel hombre estaba al borde de un ataque de histerismo y sin ningún miramiento le sacudió dos bofetadas en pleno rostro que dieron con él en el suelo. Se agachó rápido el mejicano y sus fuertes brazos agarrotaron al ursita inmovilizándole. Forcejeó algo el derrotado hombre y poco a poco se fue tranquilizando.

-He tenido que hacerlo -se disculpó Quesada por lo de las bofetadas.

-Se lo agradezco, coronel. Hubiera sido un espectáculo deprimente verme en ese estado por la Base.

-¿Ha sido dura la pelea en su sector?

-¡Ha sido terrible! -murmuró el ursita roncamente.

-Cuando le vi, le pregunté por el general Idón.

-¡Murió a mi lado! ¡En una casamata de desintegradores! ¡Fue un «electrónico»! ¡Ha sido terrible! -y el oficial ocultó el rostro entre las manos, sinceramente apenado.

-Bueno, amigo. Vamos de aquí. Debe descansar. Mañana estará aquí la Flota de la Tierra y el sacrificio de Idón y sus valientes no será estéril para Uros -animó Quesada, sinceramente afectado por el estado de aquel oficial.

Le acompañó hasta que logró dejarlo en manos de una muchacha del Servicio Auxiliar, pálida, pero serena.

-Atiéndalo, señorita. Necesita descansar.

Quesada necesitaba a toda costa comunicar con la Flota de Kleber. Sin saber donde dirigirse en aquel caos, optó por llegar al muelle de la Base.

Allí encontró a un oficial de transmisiones que se brindó a llevarle a una de las cañoneras que se balanceaban en las aguas a cierta distancia. Aquello era lo único intacto que había quedado de la magnífica Base de Yudiri.

En la cámara de derrota de la cañonera, Quesada se sentó ante el transmisor de radio. Manipuló en él transmitiendo su mensaje a Kleber y esperó impaciente. Al fin llegó la contestación. Decía:

«Enterado mensaje. Felicito por comportamiento tropas ursitas. Organice defensa posible ataque. Llegarán destructores dentro de quince horas. Seguirá Flota. Kleber.»

Quesada leyó el mensaje al oficial ursita que le observaba.

-Dentro de quince horas comenzarán a llegar los destructores de la Flota Sideral de la Tierra. Hay que asegurar la Base en nuestras manos contra un posible segundo ataque.

-No atacarán -manifestó el oficial-. Para hacerlo tienen que organizar una nueva columna y traerla hasta aquí. Eso cuesta dos días desde Urisis, que es de donde procedían estos «electrónicos» que han atacado.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Quesada sorprendido.

-Las marcas y números de los que están destruidos corresponden a la división de Urisis.

-Eso nos da tranquilidad para esperar a los de la Tierra.

Pasaron las horas de aquel día en un continuo buscar y rebuscar heridos y material utilizable entre los escombros de la base. Se recuperaron bastantes «robots» utilizables y algunos controles y Quesada, infatigable, logró agrupar a las tropas ursitas en unidades con sus mandos propios o improvisados.

El oficial de mayor graduación que estaba vivo era un comandante decidido y activo que trabajó denodadamente junto a Quesada. Llegó la noche y con ella la esperanza de que la Flota se adelantaría a los wanitas en el desembarco. Al improvisado Cuartel General establecido en el muelle, llegó la noticia tan esperada. Una flotilla de destructores se acercaba a la Base.

Pronto se percibió la llamada de un destructor terrestre que venía en vanguardia y que amaró sin dificultad. En cortos intervalos, fueron llegando más naves y al amanecer la División del propio Quesada estaba flotando frente a la Base.

El primer acorazado que llegó fue el de Kleber. El «Virginia» se posó con su enorme masa y paró motores frente al derruido edificio de la Escuela de Oficiales. Un grupo de oficiales ursitas, con Quesada al frente, acudieron a recibir al almirante terrestre, que desembarcó inmediatamente.

El aspecto limpio de los astronautas terrestres contrastaba notablemente con el desharrapado de los ursitas. El mejicano saludó:

-A la orden, señor.

-¿Qué le pasa, Quesada? -rió Kleber, estrechándole la mano.

-Tuvimos jaleo, señor. Éstos son los oficiales más caracterizados que han quedado después del ataque waní.

Se saludaron y los ursitas encomiaron el comportamiento de los tres terrestres. Se mostraban alegres con la presencia de las tropas de la Tierra. El comandante ursita declaró:

-¡Magníficos oficiales, almirante! Ya le informaré con todo detalle de su actuación en esta Base, que se conserva en nuestras manos gracias a ellos.

-Me alegra oír eso, amigo mío -respondió Kleber satisfecho.

Se organizó el desembarco y fueron instalándose servicios de urgencia. Se adelantaron las defensas y núcleos humanos perfectamente armados ocuparon posiciones para proteger la Base de un esporádico ataque waní. Los eyectores de rayos «W» se multiplicaron y la evacuación de todos los heridos a los acorazados comenzó rápida y eficaz.

CAPÍTULO X

Un hombre con aspecto cansino, al que parecía costarle trabajo andar, coronó el repecho de la carretera y se fue acercando sin prisa al puesto de control waní, guardado por uno de los oscuros y atléticos hombres de Wania.

El wanita miró durante unos segundos al que se acercaba y luego, indiferente, volvió a su postura somnolienta y descuidada. El hombre de la carretera era como otros tantos que pasaban por allí, seres vencidos, sin ánimo, errantes y hambrientos.

El viajero cubrió el espacio que le separaba del centinela y llegó a su altura. Pasó muy cerca de él, tanto que el waní, de haberlo querido, hubiera podido agarrarle por el cuello, pero prefirió no moverse de su cómoda postura.

El hombre astroso le rebasó sin mirarle siquiera y apenas había dado un par de pasos, se volvió rápido y algo brilló en su mano, cuyo «algo» partió veloz con un destello plateado, cruzó como una centella la pequeña distancia que los separaba y fue a estrellarse en el cuello del asombrado waní, que de pronto se sintió pinchado por algo que le ahogaba, sin tiempo para la defensa.

El resultado de aquella operación rápida y silenciosa fue el desplome del waní. El hombre se le echó encima de dos zancadas y terminó la labor que empezara el cuchillo volador. Luego el cuerpo sin vida del hombre fue arrastrado tras unos arbustos y Quesada, pues no era otro el hombre, comenzó a desnudarle. En pocos momentos se endosó el uniforme pardo del waní y tomó su arma, un magnífico fusil desintegrador de fabricación ursita.

Cruzó la carretera desierta y se acercó a la caseta donde tres o cuatro soldados descansaban tendidos en el suelo. La primera intención de Quesada fue fulminarlos, pero un sentimiento de repugnancia se lo impidió. Le parecía un asesinato liquidar a los dormidos waníes.

Junto a la puerta estaban las armas y Quesada las tomó con precaución. Luego cerró la puerta con sumo cuidado y decidió que darles un susto sí le era lícito. Corrió a grandes zancadas hacia un pequeño transporte, especie de automóvil que podía volar a baja altura o rodar por la superficie y arrojó las armas al interior. Lo puso en marcha y rodando suavemente lo llevó a la carretera.

Desde allí apuntó con el desintegrador a lo alto y disparó. El techo de la caseta, de material vegetal parecido a la madera, se inflamó rápidamente y grandes llamas comenzaron a salir, mientras Quesada esperaba la aparición de

los wanitas que, en efecto, no tardaron en salir a todo correr, para pararse en seco ante una línea ardiente que se oponía a su carrera.

Retrocedieron a un lado para escapar de la muerte que suponía aquello y nuevamente el rayo desintegrador del fusil de Quesada les cortó el camino pulverizando delante de ellos varios árboles. Desesperados los de Wania, optaron por arrojarse al suelo, esperando sin duda la muerte que no llegó. Sólo escucharon una risa alegre y algunas palabras que no entendieron, dichas en un idioma sonoro.

Quesada pisó el acelerador del autovolador y arrancó deprisa. Con el fin de viajar más seguro, decidió hacerlo por el aire. Aquel vehículo no subía más de doscientos metros, pero era lo suficiente. Conectó la radio y comenzó a llamar a la Base. Sabía que Nora Kent estaría a la escucha y así fue.

-¿Estación Kent? -preguntó.

-Estación Kent al habla -respondió la inconfundible voz de la rubia Nora.

-Aquí «gallo de pelea».

-Me alegra oírte.

-Voy en un pequeño autovolador camino de Urisis.

-¿Cómo lo conseguiste?

-Tengo mis trucos. ¿Cómo van las cosas por ahí?

-¡Estupendo! Desembarcando material sin cesar.

-¡Magnífico! Comunicaré lo que vea en el camino. Corto.

-¡Suerte!

El mejicano tenía que volar cinco horas para llegar a la capital del planeta Uros. Llevaba la dirección de varios familiares de oficiales que residían en Urisis, y su plan era ponerse en contacto con ellos y recabar noticias de la embajada de la Tierra. Esperaba encontrar alguna pista que le llevara al conocimiento del lugar donde estuvieran Ana Oliveira y el padre Tomé, si es que vivían aún.

El alguna ocasión se cruzó con vehículos como el suyo tripulados por waníes de uniforme, pero no fue molestado. A medio camino, la carretera, por encima de la cual volaba para no perder la ruta, comenzó a negrear, invadida por una larga columna de vehículos. Bajó cuanto pudo para identificar a los que circulaban en sentido contrario al suyo y lo que vio le llenó de preocupación. ¡Era una columna militar larga, interminable!

Grandes masas de orugas transportando «robots», artillería autómata, unidades de rayos «W», blindados con desintegradores de largo alcance, pequeños núcleos de tropas humanas especializadas... ¡Un ejército terrible y bien pertrechado, sacado todo él de los arsenales de Uros!

Llamó de nuevo a la Base y Nora Kent recibió el mensaje. Después prosiguió acelerando cuanto pudo para llegar cuanto antes a Urisis. Era la caída de la tarde cuando a los mortecinos rayos de Irisis avistó los brillantes tejados de la capital del planeta. Decidió que lo mejor sería abandonar el vehículo a la entrada de la ciudad, y en un lugar que le pareció adecuado tomó tierra.

Después de dejarlo oculto en una espesa arboleda que encontró, se encaminó a las primeras casas que se perfilaban ya a corta distancia. Era ya noche cerrada cuando penetró en los arrabales, y se sorprendió de no encontrar alma viviente por las calles. Todo estaba desierto y silencioso. Caminó a buen paso procurando ocultarse en las sombras que proyectaban los edificios, y casi sin ver a nadie llegó al fin a la calle en que vivían los familiares de uno de los oficiales. Había sido fácil encontrarla gracias a las claras explicaciones recibidas.

Se detuvo ante la casa y miró a lo alto. Todos los detalles coincidían y decidido, llamó. Esperó paciente sin que nadie contestara a su llamada y volvió a llamar de nuevo. Su fino oído percibió un rumor de pisadas que aún estaban lejanas y deseó, fervientemente que le abrieran. Pero la puerta continuaba hermética y las pisadas sonaban recias y rítmicas, cada vez más fuertes.

Quesada miró a todas partes. Tenía que ocultarse de los que venían que, con toda seguridad, sería una patrulla. No podía correr el albur de ser descubierto y apresado ahora que había conseguido llegar a Urisis. Miró a lo alto. Un balcón se recortaba encima de su cabeza y no lo pensó más. Agarrándose a la reja de una ventana, trepó por ella y a fuerza de puños se izó hasta el balcón. Las pisadas retumbaban ya en la misma esquina de la calle, cuando Quesada se dejaba caer resoplando en la parte interior del balcón y se agazapaba tras él.

Pasó la patrulla con el estrépito de sus fuertes botas pisando por la calzada y el mejicano se puso en pie dispuesto a desandar el camino y bajar de nuevo a la calle. Ya pasaba una pierna por el antepecho, cuando sintió ruido

tras él y vio entreabrirse las hojas encristaladas. Una voz de hombre le llamó:

-¡Espere!

Quesada, montado a caballo en el balcón, esperó sorprendido. Un hombre apareció y le preguntó:

-¿Qué desea de nosotros?

-Quiero hablar con el padre del comandante Utón.

El hombre no respondió al pronto. Se veía que estaba sorprendido y Quesada volvió a hablar, ahora en español.

-Aunque este uniforme es waní, yo no lo soy, señor. Soy terrestre y coronel del ejército de mi mundo.

El hombre, sin dejar de mirarle, se hizo a un lado y habló:

-Que no es waní, ya lo veo. ¡Pase!

Saltó Quesada y penetró en el interior. Tras él penetró el hombre y cerró con cuidado los postigos. Luego ordenó:

-Enciende la luz, María.

Un chorro de luz inundó la habitación y Quesada percibió fijos en él tres pares de ojos un poco oblicuos, pero despiertos y curiosos.

-Me llamo Diego Quesada -se presentó-. Vengo de la Base de Yudiri y le traigo noticias de su hijo Utón.

-Allí está mi hijo, en efecto -habló un anciano de aspecto reposado y severo, alto y magro-. ¿Quiere darme más detalles?

-Claro que sí. Llegué a la Base procedente de la Tierra como explorador de la Flota Terrestre.

-¿Quiere decir que los de la Tierra van a venir? -preguntó con interés.

-Ya han llegado, señor. Han comenzado a desembarcar en la Base de Yudiri.

-¡Bendito sea Dios! -murmuró el anciano emocionado.

Quesada le miró con interés. ¿Quién sería aquel hombre que se expresaba así, invocando el nombre de Dios? Pero él mismo lo aclaró.

-¡No sabe cuánto hemos pedido al Todopoderoso que nuestros buenos amigos de la Tierra nos ayudasen! Venga, comandante. Le voy a presentar a mi familia, todos católicos.

Hizo el anciano una seña con la mano y una mujer de edad, con todo el pelo blanco, se acercó, seguida por una joven bastante linda.

-Es Yura, mi esposa. Ahora se llama María. Y esta muchacha es mi

hija Bárbara.

Quesada, alegre, saludó a las mujeres y María preguntó inmediatamente por su hijo.

-¿Cómo está Utón, coronel?

-Muy bien, señora y además es un valiente patriota.

-Supongo -habló el padre de Utón- que no habrá usted corrido tantos peligros viniendo aquí sólo para traernos noticias de mi hijo. ¿Cuál es su misión?

-En efecto. Yo he venido a Urisis con una misión. Su hijo me encargó que viniera aquí y solicitara la ayuda que pudieran prestarme.

-Hable.

-Deseo noticias del personal de la embajada de la Tierra. Concretamente, de la embajadora y del padre Tomé.

El anciano quedó silencioso unos instantes. Luego, con voz pesarosa, exclamó:

-No puedo darle noticias exactas de ellos. El embajador murió. Ella se defendió en uno de los núcleos de resistencia que hubo aquí. En cuanto al padre Tomé, sólo sé que estaba en Oceanta cuando la sublevación.

-¿No sería posible inquirir noticias de ella? ¿Nadie podría haberla visto al terminar la resistencia?

-Me temo que será difícil. Los que estaban allí o murieron o fueron apresados por el waní. Lo que sí sabemos es que a los prisioneros que han capturado y a los que han detenido los llevan a Oceanta, la ciudad submarina que tienen esos malditos.

-Escucha, Marcos -intervino María-. Olvidas a Antonio, que dejaron por muerto en las cercanías del sideropuerto. Allí estaban los de la embajada de la Tierra.

-¡Es cierto! No lo recordaba. Podemos llamarle por el fonovisor. Si sabe algo nos lo dirá.

Se encaminaron todos al interior de la casa. Marcos pulsó el interruptor y la pequeña pantalla de video del fonovisor se encendió. Marcó el número y al poco una imagen de mujer se reflejó en el video. Marcos preguntó por su hijo y la señora fue a llamarle. Al poco compareció ante el fonovisor un hombre joven con la cabeza envuelta en una venda.

-Quiero pedirte un favor.

-Estoy deseando complacerle.

-Se trata de la embajadora de la Tierra. ¿Sabes qué fue de ella?

-Murió en la resistencia del sideropuerto -fue la respuesta clara y sin vacilaciones.

-¿Y su hija? -preguntó Marcos.

Ante aquella pregunta, Quesada se envaró. ¡La hija de Ana! No había pensado en ella, a pesar de saber que existía. Pero la voz del herido no le dejó pensar.

-Estaba en Oceanta con el padre Tomé. No sé nada de ella.

-Te agradezco las noticias, Antonio.

Se borró la figura del herido y Marcos se volvió a Quesada:

-Ya lo sabe, coronel. ¡Ha muerto!

-¡Tenía la esperanza de encontrarla! -murmuró Quesada roncamente.

Luego tomó su resolución. Rápida, inesperada, como suya.

-¡Iré a Oceanta!

-¿Cómo? -se asombró Marcos.

-¡Allí está el padre Tomé y la hija de Ana!

-¡Pero eso es imposible! -aventuró el anciano Marcos, mirando a Quesada como se miraría a un loco.

-¡Aunque sea imposible he de ir! Sólo necesito conocer el camino más rápido y el medio de que se valen los wanitas para bajar a su ciudad submarina.

-Eso no es difícil. Lo conocemos todos. Sólo que ahora esos caminos no son viables.

-¿Cómo se baja?

-A poca distancia de esta capital está la estación submarina. Hay varias, pero esta es la que normalmente se emplea por la gente civil que viaja a Oceanta. Unos grandes barcos de inmersión llevaban a los viajeros hasta la propia ciudad.

-¿Funciona ese servicio?

-Lo ignoro. Pero si funciona será con fines militares.

-Me van a perdonar que antes de marcharme les pida algo de comer.

-Se lo iba a ofrecer, querido amigo.

Invitado por aquellas buenas gentes, Quesada se sentó a la mesa. Era una hora extemporánea y sus huéspedes se sentaron para acompañarle, según

la costumbre de la hospitalidad ursita. Tuvo ocasión el mejicano de conocer la nobleza de corazón de aquella familia convertida al catolicismo por las predicaciones del padre Tomé. Cuando terminó, se puso en pie.

-Les estoy muy agradecido. Y puedo asegurarles que dentro de pocos días las tropas de la Tierra y miles de ursitas entrarán en Urisis, para liberarlos de estos «negros» traidores.

-Así lo esperamos y lo deseamos fervientemente.

-Que Dios le proteja, hijo mío -deseó María muy emocionada.

-Adiós, coronel Quesada -le despidió Bárbara con una mirada admirativa en sus negros y oblicuos ojos.

Salió a la calle decidido. Cuando se cerró la puerta tras él, se arrimó a la pared y se escurrió calle adelante en la dirección que Marcos le indicara como la mejor para llegar a la estación submarina de Oceanta. Había formado el propósito de llegar hasta la hija de Ana y lo conseguiría o moriría. Estaba seguro de que ella se lo agradecería desde la otra vida.

Andando siempre hacia el sur, terminó por llegar a las afueras de la ciudad. Una amplia carretera se abría ante él y decidido la siguió, caminando por la orilla y siempre dispuesto a saltar al talud a la menor alarma. Pero parecía que la suerte le ayudaba y consiguió llegar a las inmediaciones de la estación submarina sin contratiempos. Allí la cosa cambió.

Alcanzó un grupo de árboles y se sentó entre ellos. La oscuridad le favorecía y pudo observar aquella entrada a la estación submarina, iluminada y concurrida por autovoladores de todas clases. Percibió una guardia bastante numerosa de tropa waní y observó cómo todos los vehículos eran revisados de forma rutinaria antes de entrar.

Sin saber qué partido tomar y dándose a todos los diablos, se impacientó por no encontrar la solución. Se distrajo con las luces de varios vehículos que llegaban y que fueron parando en hilera ante la puerta de la estación, aguardando su tumo de ser revisados. Eran grandes transportes, al parecer vacíos.

Tornó una decisión y se alzó de su observatorio. Andando con cautela se acercó al último vehículo y se escurrió hasta la parte trasera. Era grande y estaba vacío. Ágil, saltó dentro con elasticidad felina y se agazapó en el interior, procurando hacer el menor bulto posible.

Pasó un buen rato y al fin el transporte anduvo lento. Quesada desde

la oscuridad protectora percibió el rostro moreno y los ojos saltones del waní que inspeccionaba y que no se apercibió de su presencia. El móvil rodó nuevamente y Quesada respiró más tranquilo.

Aquella columna de diez grandes transportes bajó por la rampa en espiral hasta el muelle. El coronel iba viendo los brillantes puntos de luz del techo y percibía los ruidos propagados sonoramente por el túnel, pero no se atrevió a asomarse.

Fueron embarcados en un submarino de extraña forma, que asemejaba a una esfera y aquel extraño sumergible se hundió en las aguas. Fue una pura casualidad que no le descubrieran durante el viaje. Lo pasó incómodo escuchando el constante parloteo silábico de varios wanitas que se instalaron en la cabina de mando.

Finalizó el viaje hasta Oceanta. El esférico sumergible llegó a la proximidad de la tremenda cúpula de «wanisal» y fue alojado en una cámara de cuyo interior fue bombeada el agua. Una vez vacía de líquido, fue inyectado aire a presión y el submarino fue abierto comunicando con el interior de la gigantesca cúpula que cubría a Oceanta.

Nuevamente rodaron los vehículos saliendo del submarino a la estación de la ciudad. Luego corrieron por calles cuyo pavimento era de reluciente «wanisal», iluminadas por trazos continuos de brillante luminotecnia.

A pesar de su precaria situación, Quesada estaba sorprendido por lo que desde el fondo del transporte iba viendo. Había oído describir aquella ciudad donde todo era maravilloso, donde la técnica había tenido que suplir muchas cosas que en la superficie daba la naturaleza, pero lo que veía era extraordinario.

Los vehículos penetraron en un edificio fabricado con grandes planchas de «wanisal» oscuro, y se detuvieron. Había llegado el momento de tener que decidir lo que debía hacer. Se empinó oteando el exterior y percibió una extensa nave llena de fardos y varios wanitas que trabajaban afanosos cargando el primer transporte.

Saltó sin ruido. Ya en el suelo, agazapado tras las ruedas del vehículo, esperó atento. Nadie pareció haberse dado cuenta y corrió hacia los fardos, escurriéndose por entre ellos hasta la puerta de la calle.

No encontró a nadie. La calle vacía, le hizo suponer que Oceanta,

como las ciudades de superficie, tendría sus horas de descanso, su «noche», y era posible que lo fuera entonces. Disfrazado con el uniforme pardo del waní, deambuló por calles inmensas, pero desiertas. En una ocasión se cruzó con una reata de vehículos como el que le había traído y algo le gritaron que no entendió. Comprendió que algo anormal tenía su aspecto y se acordó alarmado de su rostro de tez clara.

Dobló una esquina. Su vista tropezó con algo que le era familiar y que no supo al pronto definir. Pero instantáneamente recordó. ¡La Cruz Roja! ¿Sería aquello un hospital? Sabía que los de Uros utilizaban tal emblema para señalar sus establecimientos sanitarios al igual que en la Tierra, pero ignoraba que lo hiciera el waní.

Se resguardó en el quicio de una puerta sin saber por qué. Aquello fue providencial para él, pues apenas había hecho que ocultarse, un transporte desembocó en el extremo opuesto de la calle y avanzó despacio hasta detenerse en la puerta del edificio de la Cruz Roja.

Muy sorprendido, Quesada observó cómo del vehículo se apeaban algunos waníes armados, y después comenzaron a bajar hombres heridos que se ayudaban unos a otros. ¡Y aquellos hombres llevaban el uniforme del ejército de Uros! ¿Sería un hospital de prisioneros?

¡Decidió que tenía que penetrar allí! Tenía que ponerse en contacto con aquellos hombres heridos. Se despojó de la amplia blusa del waní, tiró de los pantalones estrechos y largos y abandonó su disfraz, quedando con el destrozado traje espacial, en cuyo pecho campeaba el llamativo escudo. Para disimularlo de alguna manera, arrancó un trozo de tela del inservible uniforme y la pasó por el cuello, colgando el brazo doblado sobre el pecho.

Cruzó la calle decidido y se acercó a la delantera del vehículo. Sólo había un waní al lado opuesto y parecía muy entretenido mirando al interior del edificio. Dio dos zancadas y se pegó a un soldado ursita que cojeaba ostentosamente. El hombre le miró sorprendido y Quesada musitó:

-¡Cállate!

Emparejado con él, penetró en el edificio. La fila de heridos fue dirigida por un corredor y desembocó en una sala llena de camas donde fueron dejados solos. Cada uno eligió la cama que le pareció mejor y las lenguas se desataron.

-¿Quién eres? -se extrañó el soldado ursita mirando curioso a

Quesada.

-Soy terrestre, ya lo ves.

-Pero tú no venías con nosotros -exclamó el de Uros.

-Vine por mi cuenta.

-¿Dónde te hirieron? -inquirió el soldado.

-¡Aquí! -y Quesada agitó el brazo que debía estar herido.

-No parece grave -rió el otro-. Pero no te preguntaba eso. Quería saber en qué combate.

-En la Base de Yudiri -respondió Quesada sacando el brazo de la tela y accionando normalmente.

-Yudiri..., eso está en el norte.

-¿Puedo confiar en ti? -preguntó de improviso el terrestre agarrando al soldado por los hombros.

El ursita puso cara de asombro. Luego murmuró:

-Sí, claro. Dime lo que sea.

-¡No estoy herido! He venido por que necesito saber cosas que me interesan. ¿Hay entre vosotros algún oficial?

-Sí. Aquel de la cabeza vendada. Es sargento.

-Ve hasta él. Le dices que soy coronel terrestre. Que en la Base de Yudiri está desembarcando la Flota de la Tierra. No lo hago yo porque quiero pasar desapercibido.

-Lo haré..., señor -afirmó el soldado con la mirada brillante de alegría.

Se fue hasta la cama que ocupaba el sargento. Habló con él unos momentos y la reacción del militar fue instantánea. Se incorporó y llegó hasta, Quesada. Se plantó frente a él y le examinó atento. El mejicano también lo hizo. Era un tipo fuerte que parecía decidido, con la cabeza cubierta con una venda sucia y ensangrentada.

-¿Es cierto lo que me acaba de decir este soldado? -interrogó.

-Es cierto.

-Todos pensábamos en los terrestres, pero temíamos que tardaran en llegar.

-¡Ya están aquí, amigo!

-¿Qué se propone, señor? Esto que hace es muy peligroso.

-Necesito información y he pensado que quizás aquí la encuentre.

-¿Qué información?

-Busco al padre Tomé y a la hija del embajador de la Tierra. Sé que están en esta ciudad, pero no sé dónde. No sé siquiera si viven.

-Pues aquí encerrado, le va a ser difícil y salir a la calle ni pensarlo.

-Escuche, sargento. A estas horas se debe estar planteando una batalla decisiva en los alrededores de la Base de Yudiri. He visto dirigirse allí gran cantidad de tropas mecánicas y electrónicas llevadas por el waní.

El rostro del sargento se tornó grave.

-¡Pero esa batalla será ganada por las fuerzas terrestres! -aseguró Quesada.

-¿Está seguro, señor?

-¡Segurísimo! Dentro de dos o tres días llegarán las tropas terrestres a Urisis.

-¡En ese caso, aquí lo vamos a pasar muy mal!

-Eso temo. Hay que organizarse de alguna manera para resistir el tiempo que sea necesario hasta que lleguen los nuestros.

-¿Tiene algún plan?

-No. Pero la cosa consiste en adueñarse de algún punto clave de esta ciudad. Coger rehenes. Ocupar alguna estación submarina, una estación de radio.

El ursita le miró asombrado. Luego respondió:

-¿Con estos inválidos, señor?

-Con los que puedan andar. No sé aún cómo lo haremos, pero lo que sí sé es que no podemos cruzamos de brazos. La suerte del waní está echada. ¡Será destruido! ¡Pero antes nos destruirá a nosotros!

-¿Y sabiendo eso ha venido a Oceanta, señor? -se admiró el ursita.

-¡He venido para intentar salvar lo que pueda ser salvado!

La puerta se abrió y nuevos heridos penetraron en la sala. Eran hombres vencidos, harapientos, demacrados por el sufrimiento. Como los anteriores, fueron eligiendo su cama y unos a otros comenzaron a ayudarse en la tarea de acostarse. Contemplando todos aquellos seres, Quesada se dijo que quizás el sargento ursita tenía razón.

Por los grandes ventanales que daban al exterior, comenzó a filtrarse una tenue claridad que fue creciendo paulatinamente, cual si la aurora de la superficie llegara hasta allí. Luego los amarillos rayos de un sol artificial comenzaron a invadir la sala y el día pleno de la superficie del planeta lo

invadió todo.

Inopinadamente penetraron en la sala varios hombres de blanco. Todos guardaron silencio y comenzó lo que supusieron sería la visita médica. Quesada se escurrió al suelo y gateó bajo la cama del ursita.

Poco después se marcharon y volvieron otros arrojando grandes blusones claros sobre cada cama.

-Los pijamas waníes -murmuró filosófico Quesada bajo su escondite.

Cada cual se vistió aquel blusón amplio y largo, parecido a un camisón y el mejicano se endosó el que arrojaron sobre una de las camas vacías. De aquella suerte, una inopinada visita no le denunciaría por su indumentaria.

Llegó la hora de la comida y de nuevo gateó a su escondite. Desde él, observó como dos soldados armados de cortos desintegradores vigilaban la distribución de los alimentos, que hacían dos heridos ursitas. Cuando se marcharon, el cojo y el sargento, compartieron con él su comida.

-¿Tiene algo decidido ya? -preguntó el sargento ursita.

-Aún no. Pero me he fijado en los dos waníes armados que han venido con los de la comida.

-¿Qué piensa?

-¡Que tienen armas y las necesitamos!

Siguieron masticando en silencio. Luego, Quesada habló en tono bajo, mientras que el sargento asentía con grandes cabezazos.

-¿De acuerdo? -inquirió Quesada.

-¡De acuerdo, señor!

Pasó el día lento y tedioso. La impaciencia de Quesada era tremenda. Él no era hombre para esperar. Pero en aquella situación no cabía hacer otra cosa. La claridad del exterior fue desapareciendo y al día artificial creado bajo la colosal cúpula, sucedió la noche.

Como el terrestre esperaba, aparecieron los que llevaban la comida con su escolta de dos soldados waníes. Los dos ursitas de largos blusones comenzaron a repartir las raciones por entre las camas de heridos. Cuando llegaron a la del soldado cojo, éste alzó la voz.

-¿Qué porquería es esta? ¡No quiero comer esta bazofia!

-¿Estás loco? -protestó uno de los que servían.

-¡Estoy cansado de esta comida! -gritó a voz en cuello el cojo. Y para

reforzar su protesta, lanzó el plato por el aire al centro de la sala.

Ante aquella actitud de clara rebeldía, los dos waníes abandonaron la puerta y avanzaron decididos, metiéndose por entre las camas y empujando a los que servían llegaron a la cama del cojo. Ya alzaba el que iba delante el fusil desintegrador para asestar un culatazo al rebelde herido, cuando se sintió agarrado por los pies y antes de poder defenderse se vio derribado al suelo en el estrecho espacio que separaba dos camas. Allí, algo frío y punzante le atravesó rápido y certero el corazón, dejándole sin vida.

El waní que venía detrás, en el instante que cayó su compañero, se sintió agarrado por el cuello. Un herido que llevaba una venda en la cabeza, se alzó inopinadamente de la cama a sus espaldas y formó un apretado dogal sobre su garganta, rodeándola con un fuerte brazo.

Intentó sacudirse aquello el waní curvando sus fuertes espaldas violentamente, pero el dogal se cerraba más y más. Los ojos del hombre, de suyos saltones, parecieron querer salirse de las órbitas y un ronco jadeo le acometió. Entre convulsiones cayó de rodillas con su inseparable ursita a la espalda y al fin quedó quieto.

En aquel instante se levantaba Quesada del suelo. Agarró el desintegrador de su enemigo y se encaró con los perplejos ursitas de la comida.

-¿Cuánta comida tenéis que repartir?

-Cuatro salas. -contestó uno de ellos.

-¿Hay waníes armados por los corredores?

-Sólo en la puerta.

-¿Todos los de Uros que hay aquí son heridos?

-Sí.

-¿Hay algún terrestre?

-No. No sabemos que haya ninguno.

-Seguid repartiendo las raciones. Nosotros vamos a por las armas de la guardia de la puerta.

Quesada y el sargento salieron al corredor. Iban armados de los desintegradores de sus enemigos y animados de la resolución de vencer. Antes de llegar a la puerta el terrestre advirtió:

-¡No falles, sargento! Sería la muerte.

-¡Descuide, señor!

Doblaron la esquina del corredor. En la puerta de la calle, media docena de soldados hablaban descuidados. Dos de ellos estaban armados y Quesada advirtió en un susurro:

-Si tratan de resistir, tira al de la izquierda.

-¡Entendido! -gruñó el ursita.

Saltó decidido el coronel terrestre al centro del pasillo, y gritó en idioma de Uros.

-¡Quietos todos!

Se volvieron los waníes sorprendidos. Uno de los soldados armados, levantó el cañón del desintegrador con el inconfundible ánimo de disparar. Era precisamente el de la izquierda, y el sargento ursita se le anticipó. Lanzó un chorro ígneo en abanico que abatió al grupo entero sin un grito, sin un ruido. Luego los dos corrieron hacia adelante en busca de las armas. Las encontraron pronto. Cinco desintegradores magníficos.

-Arma a los que estén en mejores condiciones y que nos sigan -ordenó Quesada resuelto.

Corrió el sargento de Uros a la sala y el coronel se asomó a la puerta para prevenir una sorpresa y percibió un transporte grande parado a poca distancia. Esperó impaciente a que llegaran los ursitas armados y saltando por encima de los restos sanguinolentos de los de Wania, salieron a la calle.

-¡Al transporte!: -gritó Quesada.

-¿Dónde vamos? -preguntó el sargento sentándose a los mandos.

-¿Hay alguien que sepa dónde está la estación de radio?

-Yo lo sé -respondió uno de ellos que llevaba un brazo vendado.

-Guíanos a ella.

Rodó veloz el transporte. Las calles desiertas invitaban a correr v en pocos minutos llegaban a la estación de radio de la ciudad submarina. Ante los sorprendidos ojos del reducido grupo de wanitas que se encontraban en ella, aparecieron unos seres fantasmales dentro de sus camisones, pero con desintegradores reales y verdaderos. Les costó poco reducirlos y fueron atados y encerrados.

Las cosas iban mejor de lo que pensara Quesada y decidió radiar un mensaje a Nora Kent. Manipuló diligente el transmisor de morse y lanzó un mensaje cifrado. Lo repitió varias veces y esperó. Al poco, recibió el enterado y abandonó los aparatos satisfecho.

Había pasado una hora desde que iniciaran la revuelta y ya tenían una docena de desintegradores manejados por hombres decididos, pero heridos. Quesada, por indicación de uno de los hombres, decidió atacar un edificio en el que aseguró que había prisioneros de alto rango.

Dejando en la estación de radio al sargento con dos hombres, rodaron nuevamente hasta el sitio señalado. Embutidos en los camisones que les daban tan extraño aspecto fantasmal, se deslizaron pegados a la pared, aproximándose a la puerta de entrada de un edificio alto y bien iluminado. Dos soldados armados montaban la guardia en la puerta y un ursita levantó su desintegrador.

Fueron tres centelleos casi simultáneos. Un waní murió instantáneamente a manos del ursita, pero el otro aún tuvo tiempo de disparar y el bravo soldado de Uros cayó junto a Quesada, que se libró por sus rápidos reflejos al disparar contra el wanita.

Penetraron a paso de carga y aún se entabló una corta lucha antes de reducir a la guardia, en la que la sorpresa dio el triunfo a los encamisados de Quesada. Al terminar ésta, tres ursitas habían muerto. Casi solo, pero decidido, corrió escaleras arriba. Abrió la primera puerta que encontró con una ráfaga del desintegrador. Era una habitación grande donde se hacinaban dos docenas de hombres que dormían en el suelo. Los ursitas prisioneros despertaron sobresaltados ante la presencia de aquellos compatriotas suyos que gritaban una orden:

-¡Arriba! ¡Arriba todos!

No fueron necesarias muchas explicaciones. Los más jóvenes se precipitaron a las armas que les ofrecían sus compañeros y Quesada levantando la voz, preguntó:

-¿Alguien sabe dónde está el padre Tomé?

-Arriba estaba ayer -respondió la voz de uno de ellos.

-¡Vamos!

Subieron rápidos al piso de arriba. Ante una puerta cerrada el prisionero se detuvo.

-¡Aquí!

Quesada dio unos pasos para atrás. Luego, encarando el desintegrador oprimió ligeramente el disparador. Un brevísimo centelleo bastó. La puerta desapareció pulverizada. Varios hombres se levantaron del suelo asustados.

Quesada desde la puerta gritó en español:

-¿Dónde está, «pater»? ¡Soy Quesada!

Una figura alta, huesuda, con el cabello completamente blanco, se adelantó desde el fondo. Una voz fuerte, de marcado acento mallorquín, sonó, saliendo de una larga sotana negra.

-¡Bendito sea Dios! ¡Sólo tú podías ser!

Quesada pegó un salto penetrando en la habitación. Su carrera se vio frenada por unos largos brazos que le recibieron y se cerraron sobre su cuerpo.

-¡Gracias a Dios que le encuentro, «pater»!

-¿Pero cómo estás aquí?

-Eso es largo de contar. Ahora quiero saber dónde está la hija de Ana.

-Ahí enfrente, con otras mujeres.

-¡Vamos por ella y nos largamos de aquí!

Sin esperar a más, Quesada corrió a la puerta de enfrente. Repitió la operación y cuando las asustadas mujeres levantaron la cabeza, fue el padre Tomé el que llamó:

-¡Ana, hija! ¡Te buscan!

Se levantó una joven alta en la que destacaba el pelo negrísimo y los ojos oscuros y rasgados. Quesada, al verla, se estremeció. ¡Creía estar viendo a Ana Oliveira veinticinco años atrás! Se sobrepuso a su propia emoción y exclamó:

-¡Vamos, «pater»! No podemos perder ni un minuto.

-¿Pero dónde?

-¡A la estación de radio!

Bajaron como exhalaciones llevando con ellos a los que pudieron seguirles. Aquello había pasado un cuarto de hora y el transporte se llenó de gente. Corrieron como desesperados temiendo no poder llegar a la estación de radio, pero tuvieron suerte. La alarma no había cundido aún y el sargento los recibió alborozado.

-¡Ha sido rápido, señor!

Quesada, infatigable, organizó la defensa de la estación. Poseían dos docenas de desintegradores y apostó a la gente por todas partes. Un ursita se encargó de los transmisores y él mismo fue a buscar a los waníes prisioneros. Se encaró con uno de ellos.

-Necesito la dirección del Jefe Supremo de Wania.

-No la sé -respondió el otro.

Quesada levantó el desintegrador. Su rostro debió ser muy expresivo, pues el waní habló.

-Sólo conozco el número del fonovisor.

-¡Ven! -fue la seca orden.

Ya estaban en el fonovisor, cuando el ursita de los transmisores llegó corriendo. Antes de que hablara, leyó Quesada en su rostro la noticia.

-¡¡Victoria!! -gritó el de Uros con voz estentórea.

-¿Qué es eso, muchacho? -inquirió Quesada con voz alegre.

-¡Un mensaje! ¡Una estación terrestre que se llama Kent, transmite a «gallo de pelea»! ¡He captado el mensaje que transmite sin interrupción una y otra vez. ¡Los wanitas han sido vencidos por los terrestres!

La emoción de todos llegó al límite. Abrazos, gritos de victoria, hurras que salían del corazón. Ojos acuosos en los rostros de aquellos hombres esforzados...

Pero Quesada no perdió la cabeza. Sabía que el waní era dueño de la ciudad submarina y en ella había un millar largo de ursitas heridos y prisioneros. Se encaró con el preso que aguardaba estoico entre aquel alegre carnaval de blusones y gritos.

-¡Llama al Waní! -ordenó seco.

El hombre oscuro comenzó a marcar un número. La pantalla se iluminó y apareció en ella la figura de un wanita de uniforme.

-¡Quiero hablar con vuestro Jefe! -ordenó perentorio Quesada.

-¿Quién eres tú? -preguntó sorprendido el otro.

-¡Un jefe terrestre! Llama al Waní. Tengo noticias para él.

-¿Cómo te atreves a hablar así? ¿Qué noticias son esas?

-Dile que habéis sido derrotados por la Flota de la Tierra. ¡Estáis vencidos!

-¡Mientes, terrestre!

La imagen cambió. Un hombre mucho más viejo tomó el micro y su rostro se hizo visible.

-¿Quién eres tú que así hablas?

-Me llamo Quesada. Pero esto no importa. Lo importante es que habéis sido derrotados en Yudiri hoy, como lo fuisteis hace dos días.

En aquel instante, el Waní recibió un papel que leyó para sí. Todos los

que mantenían fijos sus ojos en la pequeña pantalla del fonovisor, pudieron apreciar cómo el semblante del Waní se tornaba grave y su voz sonó lenta:

-¡Acaba de confirmármelo este mensaje! ¿Qué deseas?

-¡Entrégate y todo será más fácil!

-¡Sé lo que me espera! ¿Para qué entregarme?

-¡Debes entregarte, Waní! ¡Tu pueblo puede salvarse! ¡Ya ha habido bastantes muertes! ¡Yo te prometo que intercederé ante los Jefes de la Tierra! -sonó la voz del padre Tomé, interviniendo en la conversación y acercándose al micro para ser enfocado por la cámara de video.

Esta intervención pareció alterar al Waní, que preguntó:

-¿Tú estabas preso?

-¡Ya soy libre, igual que los demás!

-¡Escucha, Waní! -habló de nuevo Quesada-. Tienes la oportunidad de salvar a tu pueblo de la destrucción.

El rostro del Jefe de Wania reflejó un gran abatimiento. Su voz había enronquecido.

-¡¡Voy a entregarme!! Podría resistir o huir. No lo haré. ¡Deseo salvar a este pueblo inteligente y a esta ciudad tan hermosa que tanto me ha costado construir! -luego, tras una pausa, preguntó:

-¿Dónde he de ir?

-A la estación de radio. ¡No traigas escolta o dispararemos! -advirtió Quesada desconfiado.

-¡Iré sólo con mi ayudante!

La pantalla se apagó. Quesada y Tomé se miraron.

-¿Lo cumplirá? -preguntó Quesada.

-Creo que sí. ¡Está vencido! -fue la respuesta.

Un cuarto de hora después, un pequeño vehículo se detenía ante la estación de radio. De él bajaron dos hombres; uno joven de uniforme, otro de bastante edad vestía de paisano. El más viejo se adelantó hacia los que esperaban. Era alto, con la tez oscura como los de su raza y en su rostro cansado se apreciaban los rasgos de una inteligencia superior. Con voz grave, pero segura, preguntó:

-¿Quién se llama Quesada?

-Yo soy el coronel terrestre Diego Quesada -respondió éste.

-Vengo a cumplir mi palabra. ¡Soy el Jefe de Wania!

*   *   *

En una cámara del acorazado «Virginia», el Almirante Kleber dirigía la palabra a un numeroso grupo de oficiales de diversas armas y especialidades:

-Acabamos de escuchar de labios del coronel Quesada, el relato escueto de su actuación. En buen estilo militar, no ha dicho más que lo justo. Pero yo he de decir algo más. La actuación del coronel Quesada, que en todo momento ha sido magnífica, toma ya un carácter excepcional con su intervención en Oceanta. ¡Hacer lo que hizo, sólo con un puñado de soldados heridos, es tan extraordinario, que los gobiernos de Uros y la Tierra le felicitan agradecidos! ¡La entrega del Waní ha facilitado enormemente las cosas! El Presidente Lee ruega al coronel Diego Quesada que acepte las divisas de general.

Una atronadora salva de aplausos acogió las últimas palabras de Kleber. Quesada se puso en pie, visiblemente emocionado, y el Almirante prendió en sus hombros las divisas más codiciadas del mundo terrestre. Un abrazo del Almirante puso fin a la ceremonia.

Momentos más tarde, Quesada hablaba con Pat, que se sostenía con muletas, y una Nora radiante que le acompañaba. Estaba presente el padre Tomé y el mejicano bromeó:

-¿Qué aguarda, «pater»? ¡Cáselos, ahora que el capitán no puede correr!

-Ya no se escapa -aseguró la traviesa rubia.

-¿Y Anita? -recordó de pronto Quesada.

Todos volvieron la cabeza. La joven Ana reía muy complacida las palabras de un joven teniente torpedero. Las miradas de Nora y Quesada se encontraron. Ella sonrió suavemente. El veterano luchador se alzó de hombros con gesto resignado.

FIN

229

En el planeta rojo de Marte, unos seres fantasmales se alzan amenazadores.

¿HOMBRES O PIEDRAS?

Este es el título de la próxima novela que ofrecemos a nuestros lectores. Una novela que ha sobrepasado los lindes que la ciencia-ficción marca en todo relato y que ha volado con alas propias, rompiendo todos los moldes de viejas y caducas realizaciones.

ARCHIE LOWAN

el dinámico autor, ha escrito la novela

¿HOMBRES O PIEDRAS?

para ofrecer el mensaje intrínseco de apasionar sobre todo, con su intriga y su emoción, sin concesiones de ninguna clase. No deje de adquirir esta novela que le ofrece nuestra incomparable

Colección

Luchadores del Espacio

Precio: 7 pesetas.

Notes

[←1]

Véase “Acorazado Sideral XB-403”, de esta misma colección.